

orgullo bajo sus banderas. Inicióse la campaña mas sorprendente del mundo en el paso del Niémen. Las sangrientas victorias de Witepsk, Smolensk y la Moskowa le abrieron las puertas de la ciudad Santa; pero Moscow incendiada, daba un fúnebre reflejo á las águilas vencedoras de Napoleon. Despues de algunos dias en que inútilmente esperó este la paz de parte del Czar, y viendo que no podría subsistir con un numeroso ejército en un pais incendiado y arrasado y que se hallaba á 800 leguas de su capital, dispuso la retirada. La explosion del Krémilin la anunció á los moscovitas y esa explosion los volvió en sí. Napoleon y sus tenientes se retiraron; mas su retirada fué la de un leon. Los rusos astutos y con un patriotismo llamado por algunos bárbaro; pero acaso el mas calculado, se habian retirado sacrificando cuanto podian sacrificar para que un enemigo no hallase en un desesperado triunfo, ningun auxilio que pudiera alentarle para permanecer en el suelo de la patria: ahora que retrocede, de todas partes salen á cortarle la retirada, retirada que podría valerles mas celebridad que la que sus antepasados habian adquirido en Plutava. Los cosacos del Don, Nieper y Volga salian á reunirse á los diversos ejércitos que seguian las huellas del emperador de los franceses. Esos hombres rudos, esos tártaros no se detendrán hasta llegar á Paris! La naturaleza misma en Rusia pareció afectada de patriotismo, pues poniéndose el termometro á 18.° bajo cero, el invierno fué el mas fiel aliado que tuvieron los rusos. Se estremece el alma al considerar lo que los franceses tuvieron que sufrir, y se llena de admiracion á la idea, de que en medio de privaciones de todo género, y luchando con los elementos, en donde quiera que hacían frente á un enemigo tenaz y vengativo, numeroso y salvaje, obligaban á la victoria á permanecer en sus banderas. Eugenio Beauharnais en Malojareslawetz y Ney cubriendo la retirada se immortalizaron de nuevo, y Napoleon con su ejército al pasar el Berezina, con sorpresa y deshonra de los generales rusos Tchichagof, Wittgenstein y Kutusof.

Napoleon llegó á Molodczno para dirigirse á Wilna y tomó sus disposiciones despues de haber dictado su tremendo vigésimo noveno boletín de partir para Francia, dejando el mando á su cuñado Murat rey de Nápoles, que no supo corresponder á sus esperanzas y el ejército se desconcertó, en lo que influyó tambien el excesivo frio por haber dejado de nuevo el termometro hasta 27 grados bajo cero y

las escandalosas deserciones del principe de Schwartzemberg y del general York. Atanto desastre el principe Eugenio supo hacer frente con un esfuerzo y heroicidad que le aumentaron la bien adquirida fama que disfrutaba en todo el ejército.

El 18 de diciembre, Napoleon llegó en la noche de incógnito á Paris, creyéndosele todavía en Wilna, en términos de que se le rehusaba abrir las puertas de su palacio de las Tullerías. Cuando se supo que estaba en el recibiendo las felicitaciones y protestas de adhesión de todos los cuerpos del imperio y que se habia salvado de los hielos de Rusia, quedó absorbida la Europa.

Llegó el año de 1813 y en el tuvo Napoleon que prepararse á nuevos combates contra toda la Europa coligada é instigada por el oro de la Inglaterra ó mas bien por el espíritu dominante y constantemente impulsado hasta cerca de la tumba por Pitt, el ministro mas desinteresado de su pais, y el enemigo mas infatigable de la Francia en cuantas épocas la historia pueda señalar la rivalidad de esos dos pueblos. Mayor influencia tuvieron para existir en Alemania el odio ciego al extranjero las voces sonoras y consoladoras de *libertad y patria*, que los monarcas modulaban para enfiar almas á los pueblos y llamarlos al combate, aunque despues nada les cumplieron de sus ofrecimientos. La juventud ocurrió frenética á ese llamado, y hasta los estudiantes de las universidades se colocaron en masa en los regimientos. Las asociaciones de *Tugend-Bund* desarrollaron todo su poder y prestigio, organizando y fomentando los enemigos de Napoleon.

Este creó en el momento un nuevo ejército de conscriptos que con los restos del que tan habilmente habia podido conservar Eugenio, se puso frente afrente de sus enemigos. El número de estos se aumentaba de dia en dia y el jacobino sargento Bernadotte que por la proteccion de Napoleon llegó á ocupar el trono en que se habia sentado Gustavo Adolfo y que obtiene hasta el día, tomó parte contra su bienhechor y sus antiguos compañeros de armas. Semejante defecion era prelado de otras no menos vergonzosas. Por otra parte la diplomacia europea se adornaba con el ropaje de la hipocresía y de la perdida mas degradante.

Abrióse la campaña bajo auspicios favorables para las armas francesas; pero en los encuentros sucesivos que tuvo Napoleon perdió á sus antiguos y leales mariscales Bessieres y Duroc, dejándole un hueco en su corazón.

Solicitóse por los aliados un armisticio funesto á Napoleon; pero aun mas lo fué la mediacion del Austria, porque esta queria ganar tiempo para hallar mejor oportunidad y aprovechándose de ella-colocarse con toda seguridad en contra de Napoleon: así fué y el emperador Francisco se adhirió á la coalicion faltando á los deberes de familia y gratitud hacia el esposo de su hija.

La espléndida victoria de Dresde que valió un trofeo glorioso para el emperador Napoleon y sus valientes, sirvió de grande escarmiento para los aliados; pero para nadie fué mas severo como para el desgraciado vencedor de Hohenlinden. Moreau, el republicano Moreau abandonó su retirada mansion de los Estados-Unidos de América para ir á ponerse bajo el suelo de los monarcas á quienes habia combatido, y ahora se convertía en soldado de ellos para satisfacer innobles venganzas propias y ajenas. El ejército se horrorizó al ver en las filas enemigas dos desertores de las suyas, Moreau fué desgraciado, como feliz Bernadotte: una bala de una pieza de la guardia imperial apuntada por el mismo Napoleon llevó las dos piernas á aquel: este hecho fué singularmente notado por ambos ejércitos y como un castigo de haber desvenajando la espada contra sus compatriotas.

Despues de varias acciones terribles llegó el momento en que se presentasen en los campos de Leipsick los ejércitos todos de las cuatro naciones mas poderosas del continente, con sus soberanos á la cabeza, para decidir entre torrentes de sangre á quien deberia corresponder la supremacia del mando y la opinion (1.) Quinientos mil combatientes y tres mil piezas de artilleria reunidos en este campo de batalla harán estremeceer á la humanidad aun en lo mas remoto de las futuras generaciones. El odio de nombre frances de los pueblos del Norte y del Este, atraídos por las allagüeñas promesas de libertad, los ha hecho concurrir á este espantoso drama (2.)

Presentos Napoleon á tan horrendo duelo lleno de confianza, por que su ejército, aunque nuevo, estaba inspirado por la gloria y por la inmortalidad. Sin embargo, Napoleon no pudo menos que exclamar: "Este día, dijo al montar á caballo, va á resolver una gran cuestion. Si vencemos todo puede repararse; si somos vencidos, es imposible preveer hasta donde se es-

tendrán las consecuencias." La accion comenzó por tres cañonazos, y cuando una parte del ejército francés emprendia un movimiento importante y decisivo para una de sus alas, los sajones y wurtembergueses desertaron de las filas del ejército, pasándose á Bernadotte y en este acto volvieron su artilleria contra los que un momento antes eran sus compañeros. Solo permanecieron fieles Poniatowski y sus bravos polacos, amigos fieles y decididos de los franceses; con todo y esto ni de ellos ni de Napoleon jamas recibieron recompensa: semejante indolencia debió helar su alma. Al saber Napoleon aquel horrendo suceso quedó inmóvil sobre su caballo, levantó sus ojos al cielo, y exclamó con voz terrible. „Infamia," Miles de voces siguieron la suya (1.)

La desercion de los sajones desconcertó todos los planes de Napoleon: la accion iba presentándose cual debia ser, desventajosa para él. Las municiones de los franceses se habian agotado primero que su sangre: en esta batalla cada hora á instante comprendia un revés; en fin, Napoleon se retiró por la primera vez del campo de batalla sin haber vencido. Antes de retirarse hizo llamar á Poniatowski para que cubriese la retirada, sosteniéndose en la ciudad de Leipsick.—Príncipe. El dijo, defenderéis el arrabal del Sur.—Señor, tengo muy poca tropa.—Y bien, lo defenderéis con la que os quede.—Señor, lo harémos; pues estamos dispuestos á hacernos matar por vuestra M." El valiente polaco, con los débiles restos de sus bravos soldados fué á su puesto. Por la precipitacion en hacer saltar el gran puente sobre el Elster, quedaron cortadas varias divisiones del ejército francés, y entre ellas la del principe Poniatowski, quien herido de un brazo intentó pasar á nado el Elster, y en él halló una muerte sin gloria. Así pereció el idolo y la bandera de los valerosos y desgraciados polacos (2.) Napoleon en el campo de batalla le habia hecho momentos antes mariscal del imperio: agobiado de dolor por la pérdida de tan generoso y leal compañero, dispuso sus funerales con toda pompa y celebridad. Los vencedores y vencidos lloraron sobre la tumba del ultimo de los polacos (3.)

El ejército francés cubierto de luto y aun de gloria, porque bien podia sucumbir no sin ella, se retiraba por Eúrh para Francia sosteniendo diferentes acciones. El rey de Nápo-

[1] Norvins historia de Napoleon del año de 1813 tomo 4.°

[2] Norvins.

[1] Memorias del Duque de Vicencio, tomo 1.°

[2] Caulaincourt.

[3] A. Hugo.

les Murat, se separó segunda vez del ejército. Napoleón vio su partida no sin emoción: después siguió á París en retirada disponiendo los medios de defensa de todas las fortificaciones y plazas de la frontera y de lo que le quedaba del territorio aliado. Concluyó el año de 1813 con desastres y defeciones: ambos pasarán al centro de la nación.

El año de 1814 se inició muy aciago. Murat, general, mariscal y rey por Napoleón, cuya estimación se había extendido hasta darle una hermana por esposa, aumentaba el catálogo de las defeciones contra su bienhechor y amigo, ligándose en enero con la Inglaterra y el Austria. El rey de Nápoles, que no debía su corona mas que á la espada victoriosa de Napoleón, le abandonaba y pasaba á las filas de la coalición.

El caballeroso Eugenio de Beauharnais, formaba contraste con Murat: aquel, sosteniendo hasta lo último en Italia, la gloria de las armas francesas; y este, quitándose su brillo. El príncipe Eugenio tuvo que probar de nuevo su fidelidad y su abando como político y como general.

En seguida se presentó en Francia una invasión de 700.000 hombres que todo lo abandonaban en su patria por llegar á París! Alejandro Dumas dice: „que Napoleón quedaba solo contra el mundo entero,” y esa es una frase que la historia la admite por verdadera. A ese formidable guarismo de hombres no tenía que oponer mas que 150.000; pero apeló al genio de su juventud. Napoleón tuvo que recordar á Bonaparte! Los triunfos mas ilustres no pudieron contrarrestar á las traiciones y pérdidas de los ingratos ó hipocritas del arrabal de San German (1), que todo lo comunicaban á los aliados y sembraban la desconfianza.

Todo lo espaban y revelaban al extranjero. Napoleón extendió sus ejércitos que caminaban á donde quiera que las circunstancias lo exigían. La fortuna se manifestaba con suma versatilidad; pero seguro era que en donde no estuviera presente Napoleón, allí á veces sus tentativas eran vencidos, ó la victoria quedaba indecisa.

Cuando esta invasión general, cuando la desgracia llegaba para Napoleón, y cuando los peligros se presentaban para su patria, salió de un lugar oscuro un hombre ilustre, un sincero republicano á ofrecerle al emperador sus servicios. Este era Carnot, el único que se

[1] Emigrados á quienes Napoleón les había vuelto sus honores y había empleado.

opuso á la crección del imperio y á que se derrocara la república. Napoleón aceptó sus servicios y lo empleó en Ambrés. Carnot, después de haber organizado la victoria y dirigido gloriosamente catorce ejércitos de la Francia republicana, había estado sepultado en el olvido durante el consulado y el imperio. Ahora que hay peligros vuelve á los combates, y no es mas que jefe de batallón y esto es, que habiendo sido miembro de la comision de salud pública, había nombrado tantos generales y distribuido tantos empleos!... Ejemplo sin igual de desinterés, ¡verdadero republicanismo! Carnot correspondió á las esperanzas de la patria y de Napoleón. El actual rey de Suecia, siendo príncipe real, intentó ganar cuando defendía Ambrés, en consideracion á la antigua amistad que tenían, y le respondió con entereza:—„Yo era el amigo del general francés Bernadotte, pero ahora soy el enemigo del príncipe extranjero que vuelve su espada contra mi patria.”

Los soldados de Napoleón estaban decididos por su persona y por defender la patria: tenían razon para lo uno y para lo otro: víéronlo en Montereau volver al ejercicio de sus primeros años, colocándose en una pieza de artillería y tomar la puntería; y recordaban el heroico esfuerzo para rechazar las primeras coaliciones contra la república, llevando la mochila al hombro sus mariscales y generales de hoy;... pero lo que mas los electrizaba, era el denuevo y bizarría con que su emperador atacó á los rusos con espada en mano y en medio de mil peligros en Arcis-sur-Aube. En lo mas comprometido del combate, una division de caballería rusa de 6.000 hombres, precedida de mil cosacos, traspasó las líneas del ejército francés y envolvió á la caballería de estos, inferior á la de aquellos en número. Napoleón se apercibió de esto por una gruesa nube de polvo que se levantaba tras él y que poco le permitía distinguir. Se dirigió al momento á este punto: algunos dragones llegaban en fuerza de carrea heridos ó llenos de pavor.—„¿Qué es esto? les dice, dragones, á dónde vais? Deteneos, deteneos, yo lo mando.—Los cosacos, los cosacos les responden.

El tumulto del desconcierto precursor de la derrota se manifestaba. Un oficial sin casco y cubierto de sangre llega donde está Napoleón, y le dice.—Señor, los cosacos han forzado nuestras líneas, las han envuelto y estan apoyados por una fuerte division de caballería.—Dragones, formad, grita Napoleón con voz amenazadora y parándose sobre sus estribos,

qué hacéis? huis; pues yo iré allá.... cerrad vuestras filas dragones, y marchemos adelante; y avanzándose intrépidamente con espada en mano hacia el enemigo, fué seguido de su estado mayor, de los escuadrones de servicio y de los dragones que poco antes estaban llenos de terror y desmoralizados, y que al grito de: „viva el emperador! hicieron prodigios. Se dice que Napoleón en esta vez buscaba la muerte y que quería hacerse matar; pero la muerte le rechazaba.

Pasados algunos dias, los aliados, y entre ellos el emperador de Rusia Alejandro, tuvieron su consejo para determinar respecto de la guerra y lo que se proponian: despues de algunas conferencias, Alejandro esclama: „A Paris, señores, la celeridad sobre todo.” Las ordenes para ello se espiden: los aliados están en marcha para la gran capital. Napoleón supo estas disposiciones, y dijo:—„yo estaré antes que ellos.” Se entró en su gabinete, tomó sus cartas y dictó despues sus órdenes de marcha. El ardor y decision de sus soldados se aumentaban con el peligro.

El 30 de marzo, en Troyes, Napoleón dictó el itinerario para que el ejército estuviese reunido el 2 de abril delante de Paris. Esta ciudad capituló, haciéndose infructuosa la noble y brillante decision de la guardia nacional, y especialmente el heroico sacrificio de los alumnos de la escuela política que el 30 de marzo vertieron su sangre defendiendo la capital y el honor de su nación. La muerte segó muy temprano esta juventud tan llena de saber como de esperanzas!

El 31 de marzo dejó un recuerdo de ignominia para los parisienses: en este dia entraron los aliados en medio de los gritos de la multitud de ¡vivan los aliados! ¡viva Alejandro! y las damas francesas les arrojaban coronas y guirnaldas proclamándolos con la poblacion *libertadores de la patria* (1). A estas exclamaciones se unia la de ¡vivan los borbones! con la que el impudente y astuto Talleyrand apoyaba sus complots.

Napoleón se dirigió con violencia hacia sus tropas avanzadas: eran las diez de la noche del mismo dia, cuando el general Belliard lo encontró en Fontenau y le confirmó con todos los pormenores la batalla y capitulacion de Paris. Grandes (2) gotas de sudor inundaban la frente de Napoleón: la palidez livida de su semblante era espantosa. Es-

cuchais, Caulaincourt?” dijo volviéndose hacia este, en cuyos ojos se fijaron los de él. Algunas tropas de las que evacuaban la capital estaban en el pueblito de Froumentau. El duque de Vicencio marchó para la capital con instrucciones y plenos poderes. Napoleón no estaba separado de las avanzadas enemigas mas que por el Sena: el fuego de sus vivagués iluminaba la rivera derecha, mientras que el emperador de los franceses esperaba en el lado opuesto y en la oscuridad con dos carruages de posta y algunos servidores. Regresó Caulaincourt, y despues de que fué instruido del modo con que había sido entregado y vendido, dijo:—„Yo no les podía mas que se hubiesen sostenido veinte y cuatro horas.... miserables!.... Marmont, Marmont, que había jurado hacerse matar ante los muros de Paris, antes que rendirse.... y José, hui huido.... mi hermano. Entregó mi capital al enemigo! miserables!.... ellos tenían mis órdenes: sabian que yo estaria alli el 2 de abril con 70.000 hombres. Mis valientes escueltas, mi guardia nacional me habían prometido defender á mi hijo.... todos los hombres de corazon se habrian levantado para combatir á mi lado: esos miserables han capitulado, han traicionado á su hermano, á su país, á su soberano: han humillado á la Francia ante los ojos de la Europa!... El dolor despedazaba el alma del emperador. Caulaincourt derramaba lágrimas ardientes.

—Mi pobre Caulaincourt, volved, volved al cuartel general: haced de modo que veais al emperador Alejandro.... Teneis mis plenos poderes. Id, Caulaincourt.... partid.

—Señor, le dijo el duque, yo no he podido aproximarme al emperador Alejandro: se desconfía de mí. Los soberanos entran mañana en Paris, estan ocupados en sus preparativos: ved los motivos que se me dicen para evitarme el llegar á Alejandro.

—Volved, no tengo mas esperanza que en vos, Caulaincourt, replicó tendiéndole la mano.

—Partiré, señor, le dijo el duque: muerto ó vivo penetraré á Paris, y hablaré á Alejandro.

El emperador tomó el camino de Fontainebleau, y el duque de Vicencio el de Paris: en el camino encontró las ruinas de los regimientos de todos los ejércitos que marchaban sin órden, y fué rodeado todos de esos fugitivos.—„En donde está el emperador, le decian, queremos reunimosle, no tenemos órdenes, ¿dónde pues ir? El emperador no sabe lo que pasa en Paris. Nos hemos batido bien: estamos todavía dispuestos á hacerlo, y sin embargo, se nos ha obligado á ceder el terreno al enemigo! En

[1] Lallemt; Choix de rapports tom 20.

[2] Memorias del duque de Vicencio.

todos los sembianes estaba pintado un dolor feroz: amenazas terribles poblaban el aire, y las protestas solemnes de que no habían sido rendidos; sino entregados al extranjero. Un coracero de la vieja guardia levantando noblemente la cabeza, dijo al duque con grande indignación:—En todas partes y siempre los hemos vencido, y habríamos ganado la batalla. Nosotros no hemos dejado el campo, no hemos capitulado. Cuando hay traición, no hay capitulación. Que se nos vuelva a París, y los extranjeros no entrarán sino pasando sobre el cadáver del último soldado francés. ¿En dónde está nuestro emperador? Si ha muerto, todo ha terminado: que se nos diga, y concluyó con acento de desesperación, é inundadas sus pálidas mejillas de lágrimas. El duque procuró calmarlos y decirles que se dirigieran á Fontainebleau en donde se hallaba Napoleón. A este nombre esos pobres soldados se llenaron de entusiasmo y prorumpieron en vivas delirantes, manifestando la misma fidelidad y ternura hacia su soberano, como cuando estaba en el apogeo de su gloria, para ir á participar de los riesgos á su lado: así es que se le vio marchar llenos de hambre, estenuados y heridos, casi arrastrándose, buscar á su emperador, á su general, mientras que aquellos que mas había distinguido Napoleón con empleos y honores, lo vendían y consumaban la ruina de la Francia, poniéndola bajo el poder de la justamente detestada dinastía de los Borbones, cuyo reinado iba á ser un anacronismo.

El duque se halló al amanecer en los vivaces enemigos, en los que todo era triunfo y felicidad. Las tropas rusas estaban de uniforme de gala, preparándose alegres para su entrada triunfal. Los oficiales á la cabeza de sus regimientos estaban fuera de sí y llenos de un júbilo bárbaro é insultante: en sus fisonomías veíase que llegaba el delirio hasta desahar á la tierra y al cielo: aclamaciones y *hurra's* se escuchaban al tomar posición para desfilar. Los franceses amigos de su patria y de Napoleón, se encendían de rubor y de ira al ver el aspecto insultante de la alegría y de las fanfarrías que estallaban por todas partes de los hombres del Norte, de esos rudos cosacos, cuyas maneras bruscas y salvajes contrastaban con las de la población mas civilizada y cortez del globo.

Talleyrand, hombre que había recibido de Napoleón consideraciones y oro, y honores y el principado de Benevento, todo lo olvidó y se hizo el príncipe de la traición, y llenándose de

eterno oprobio organizaba el partido de los Borbones: él fué el jefe de la deslealtad, y él que á su voz, ese enjambre de cortesanos se preparó para recibir y alojar á los soberanos aliados. A imitación de aquellos, los parisienenses obsequiaron á los enemigos de su patria y de sus libertades. Cara pagaron su vergonzosa y humillante oficiosidad. Cuánto no tuvieron que sufrir de sus huéspedes, esos hombres que no supieron conservar la entereza y dignidad! El pudor manda callar las escenas que viles y cobardes presenciaron.....

El duque de Vicencio no pudo llegar hasta donde se hallaba Alejandro, porque se le había impedido pasar á París por las tropas extranjeras: estaba estupefacto con lo que veía: esas escenas llenas de infortunio le destrozaban el alma. Hallábase en dolorosas meditaciones, cuando el redoble de los tambores le hizo advertir que algun personaje llegaba, y el que luego descendió en un coche, era el príncipe Constantino, hermano del emperador de Rusia: reanunció al duque, á quien vio con aire de profunda admiración, y excusándose por no haberlo reconocido á tiempo le dijo:—,En qué puedo seros útil, señor duque? (1)

—Príncipe, la entrada á París se me rehusa, y es necesario que yo entre á París... es necesario.

—Calmaos, Sr. duque, y no veais en mi un enemigo. Los recuerdos de San Petersburgo se os han borrado enteramente?

—Príncipe, dijo Caulaincourt, vencido por el tono afectuoso de Constantino, dignaos escusarme, soy tan desgraciado que dudo de todo.

—No dudeis de mí, mi caro duque, sabéis que en mi familia no teneis mas que amigos.

—Y bien, mi príncipe, en nombre de esta preciosa amistad con que me honrais, os pido una gracia, introducidme á París.

—¿Y qué vais á hacer allí?

—A defender la causa de mi señor, la causa de mi país.

—Mi caro duque, todo ha terminado para Napoleón... las potencias no escucharán ninguna proposición de su parte.

—Mi príncipe, el emperador mi señor me ha encargado de una misión secreta cerca del emperador Alejandro: yo debo desempeñar este

(1) El duque de Vicencio desde que estuvo en Rusia de embajador tenia bastante familiaridad con Alejandro y el príncipe Constantino. Estos pormenores y algunos de los que siguen, están sacados de una obra que se titula, la „souvenirs du duc de Vicence.

deber sagrado, y con peligro de mi vida entraría á París.

Constantino le manifestó lo dificultoso de que pudiese pasar á París: Caulaincourt se empeñaba en conseguirlo con espresiones á veces tiernas, á veces llenas de desesperación, hasta estar dispuesto á recibir si fuere posible las balizas de los soldados rusos. El príncipe no pudo menos que reprenderse en su interior, por abandonar á un hombre tan leal como el duque, y convinieron ambos en que lo fuese á esperar en el primer pueblo del tránsito. Cada instante que pasaba destrozaba al duque, á cuya imaginación se presentaban mil ideas funestas y desoladoras... Llegó el príncipe y ambos se dirigieron en su coche á París. En el camino se ocuparon en el modo con que sería introducido el duque, pues temía el príncipe que la menor sospecha de los demás aliados fuese funesta á su hermano el emperador. En fin, despues de varios medios que fueron escogidos y desechados, decidieron que Caulaincourt quedaria en un coche, interin que el príncipe pasaria á prevenir á Alejandro: hizo mas el generoso Constantino, para disfrazarlo, le dió á Caulaincourt un gorro de viaje y su pellica: bajó del coche, cerró el mismo la puerta y recomendó á sus criados que nadie se acercase á él. En este momento dieron las diez de la noche. Reinaba al rededor del palacio de *l'Elisée* un aspecto de funcion y alegría que desolaba al duque. Estaba el hotel iluminado, y era la mansion de un conquistador: sucedíanse los carruajes que entraban y salían. Las pisadas en las lozas, de los caballos herrados, las voces estrepitosas de los cocheros, y los *hurra's* de la guardia imperial rusa que circundaba al hotel, hacían sufrir mucho á Caulaincourt, que estaba oculto, ó como un mendigo, para pedir como de limosna una conferencia. A la una de la mañana volvió Constantino, diciendo al duque que la numerosa concurrencia no le había permitido hablarle á su hermano: que lo hizo hasta que todos se habían retirado, y que Alejandro estaba violento por su llegada; pero que sin embargo, lo recibiría como un amigo. Constantino agregó á Caulaincourt que se cubriese con su capa y se pusiera un sombrero militar, y tomándolo en seguida del brazo, pasaron por una escalera secreta hasta la alcoba de Alejandro, que recibió al duque con los brazos abiertos.

—Mi caro duque, le dijo el emperador, soy el hombre que mas amo de la Francia, ¿qué queréis? ¿En qué puedo seros útil?

—Para mí, señor, nada: para el emperador mis señor, todo.

—Veed lo que justamente yo temia... por que me es necesario, sin querer, afligiros. Nada puedo yo hacer por el emperador Napoleón: tengo compromisos con los soberanos aliados.

El duque insistió con heroico esfuerzo, que lo haría eterno honor á su memoria, para que Alejandro fuese generoso con Napoleón, ó al menos con su hijo, invocando para ello con la mayor vehemencia, todos los recuerdos de un día, y las conveniencias de la Europa y de la Francia. Alejandro contestó con aire frenético y lleno de vivas imágenes cuanto había sufrido la Europa por Napoleón, y las consecuencias de sus sistemas, y especialmente con respecto á la guerra del año de 12, protestando que no le tenia odio, y que no dependía su suerte de él. Caulaincourt insistía de nuevo, y propuso un medio á favor de Napoleón II, y lo hizo con tan tierna espresion, con tan ardiente fidelidad, que le dió Alejandro algunas esperanzas, y despues de haber hablado de otras cosas se retiró á las cuartos de la mañana el duque, á cuya imaginación se agolpaban mil ideas sobre los sucesos actuales. Una grande agitación lo devoraba, meditando en Napoleón. Hasta las seis de la tarde no llegó Alejandro de la conferencia, asegurando á Caulaincourt, que se trataba de la elección del soberano, y que se regresase á donde se hallaba Napoleón, *voleiendo pronto* con la abdicacion de este á favor de su hijo. Entrada la noche, salió el duque con las mismas precauciones, acompañado de Constantino, de quien á poco se despidió, tomando el camino para Fontainebleau.

Llegó á las avenidas de este punto, y encontró á las tropas acantonadas llenas de impaciencia por combatir, y tan luego como fué reconocido, se oyeron los gritos de: „viva el emperador... A París.“ Al descender se encontró con Berthier que le dijo con cierto interés particular:—,Amigo, cómo estamos nosotros?“ cuya pregunta desagradó al duque, y desentendiéndose de ella, solo le dijo que deseaba saber en dondese hallaba Napoleón, quien se encontraba en la gran galería de Francisco I, escribiendo, y cuando lo vio, vino hacia él con tanta apresuración, que parecia no se habían visto en bastante tiempo. Su aspecto era sombrío, sus ojos animados y su boca misma estaba ligeramente decayida: todo indicaba en su fisonomía que el sufrimiento lo agobiaba.

—En fin, dijo, qué es lo que pasa? Habiéis visto al emperador Alejandro? Qué os ha dicho?

—Señor, he visto al emperador Alejandro y he pasado oculto veinticuatro horas en su habitación.

—Vahl y bien....

—El emperador de Rusia no es enemigo de V. M., (se le advirtió un gesto de duda) no señor, en el solo la causa imperial encontrará apoyo.

—Al hecho, qué es lo que quiere? Qué desea? —Señor, V. M. está llamado a grandes sacrificios, para asegurar a su hijo la corona de Francia.

—Es decir, replicó Napoleón con terrible acento, que no se quiere tratar conmigo, que se me quiere arrojar del trono que he conquistado con la punta de mi espada, y que se quiere hacer de mí un objeto de burla y de piedad.

Se pasó algunos instantes bastante violento, después deteniéndose delante del duque y cruzando los brazos le dijo:

—Y sois vos, los vuestros, Caulaincourt, el que habeis sido encargado de semejante misión cerca de mí? ¡Ah! Y arrojándose a su asiento se cubrió la cara con ambas manos. El duque se hallaba consternado y guardó silencio. Napoleón se volvió hacia a aquel:

—No tenéis valor de continuar? Veamos, señor, que es lo que vuestro Alejandro os ha suplicado pedirme.

—Señor, dijo el duque, desanimado y lleno de desesperación, V. M. no tiene piedad, ese golpe que os afecta, ha destrozado mi corazón antes que el vuestro.

—No tengo razón, Caulaincourt, soy injusto, mi amigo, le interrumpió con aire de dolor. Continuó llevando la mano a su frente: tantas desgracias me hieren sin intermisión...; Yo dudar de vos, Caulaincourt! De todos los que me rodean, vos sois solo, ¿lo entendéis? el solo en quien tengo confianza... Únicamente en medio de mis pobres soldados y en sus ojos entristecidos es en donde encuentro escrito: *fidelidad, decisión*. Venturoso, creía conocer a los hombres, desgraciado, es cuando comencé a conocerlos... y quedé con la vista fijada en el suelo, entregado a sus reflexiones.

Como el duque estaba bien fatigado y estenuado de sueño, le pidió permiso de retirarse, para después instruirle más detenidamente de todo, y hacerle las reflexiones que las circunstancias exigían. Cuando volvió el duque, advirtió en el semblante de Napoleón, retratada la ansiedad: le impuso firmemente de cuanto había pasado, y de la intención que había de llamar a los Borbones. La relación de cuanto

pasaba exaltó su cólera, y expresó después de otras cosas lo siguiente.

—Los Borbones son antipáticos a las nueve décimas partes de la nación. Y el ejército que ha batido a sus emigrados, ¿qué harán con él? Mis soldados no lo serán jamás de ellos. ¿Olvidarán que han vivido veinte años á espensas de los estrangeros, fuera de la patria, en guerra abierta con los principios é intereses de la Francia? Los Borbones en Francia es el colmo de la demencia, es querer atraer al país todo género de calamidades.... El duque no le omitió todas las maquinaciones que tendían á ese objeto. Siguió el emperador hablando de las diferentes posiciones que guardaría la nación, de los inconvenientes que se presentaban, y de la diversidad de circunstancias, por las que él ocupó el trono *vacante* de Francia, á las en que los Borbones querían volverlo á ocupar, pues que las dignidades actuales todas los habían rechazado, y existían entre ellas quienes arrastraron al cadalso á Luis XVI.

Después continuó con alguna tranquilidad. —Entremos en la cuestión. Se exige mi abdicación: á este precio, que se deposite la regencia en la emperatriz, y la corona en mi hijo. Yo tengo todavía cincuenta mil hombres á mis inmediatas órdenes. Mis valientes, mis admirables tropas me reconocen aún. Mis soldados llenos de ardor y de decisión, me piden con grandes gritos que los conduzca á París: el estruendo de mi artillería despertará á los parisienses, electrizará su amor propio nacional, insultado con la presencia del estrangero que está formando grandes paradas en nuestras plazas públicas: el pueblo de París es valiente: él me secundará; y después la victoria.» Agregó animándose todavía. «Haré á la nación, juez, entre las pretensiones de los aliados y mi persona, y no descenderé del trono si no es que los franceses me arrojen de él. Venid conmigo, Caulaincourt, es medio día y voy á pasar revista.»

El tiempo que vuela le faltaba! Visitó la línea de avanzadas: á cada instante el ejército se aumentaba con los cuerpos esparcidos que llegaban. Los soldados al ver á Napoleón con exaltación exclamaban: *Paris, Paris*. Los oficiales blandían sus espadas, y rodeando al emperador repelían: —Señor, conducidos á París.—Si, hijos míos, volaremos á París: mañana comenzará el movimiento, y vivas y aclamaciones se elevaban en los aires.

Al bajar en el patio del castillo le dijo á Caulaincourt.—Qué tal?

—Señor, le respondió, es vuestro último al-

bur, V. M. solo debe decidir.

—Vos me aprobáis: esto es claro, y pasó con la frente elevada por los salones llenos de personajes cubiertos de bordados y condecoraciones. Allí se discutía sobre los negocios. Los jóvenes generales querían la guerra hasta arrebatar á los estrangeros la capital: los que ya tenían hecha su fortuna temían y murmuraban. Cuando se supo la noticia de que se exigía la abdicación, las murmuraciones de esos hombres pasaron á la exasperación, y de ahí á las amenazas. Señalóse un amigo antiguo de Napoleón, y otros, como él, cometieron bajezas é infamias; decían: «Su abdicación conviene á todos.... Los corazones generosos y leales se inflamaban de indignación al oír aquellas expresiones.

Las órdenes se habían dado el 3 de abril para pasar el cuartel general el 4 entre Ponthiery y Essonne. Los dignatarios del imperio ninguna medida tomaron. Napoleón lo toleraba: bajó á pasar la revista, y todos los que sabían los sucesos estaban llenos de ansiedad. Después de la parada es conducido á su habitación por los mariscales y oficiales generales que allí se hallaban: comenzaron por insinuaciones respetuosas, después representaciones, inconvenientes hasta llegar á las reaccriminaciones, y por último, protestar que no se marcharía á París....

Calcólese lo que Napoleón sufriría en aquel momento: dirigió una mirada sombría á todos aquellos lustres señores á quienes había hecho grandes en su mayor parte, sacándolos de las filas de los regimientos, y se separó de ellos. Su figura estaba espantosamente alterada; pero su fisonomía era tranquila y su continente lleno siempre de dignidad. Tomó un papel y escribió en él, con su mano y lo presentó al duque de Vicencio.

—Ved mi abdicación, Caulaincourt, llevada á París.

Caulaincourt tomó el papel, abrumado de dolor, las lágrimas inundaban sus ojos. Bravo, bravo, mi amigo... los ingratos, agregó con terrible expresión, me sentirán algún día, y se arrojó en los brazos del duque.—Partid, Caulaincourt, partid al momento.

El duque le pidió que para ese acto tan solemne y tan grave, se le uniesen dos grandes oficiales del imperio.

Napoleón dijo: «Ragusa y Ney.»

—Señor, el duque de Ragusa no está aquí, el duque de Tarento representará dignamente al ejército.

Napoleón se decidió. Ney, Macdonald y

Caulaincourt llevaron poderes suficientes. Una sombría tristeza se retrató en el semblante de Napoleón, sus plenipotenciarios marcharon, llegando á París en la noche del 4.

Al ver Alejandro á Caulaincourt, le dijo:— Ah! volveis muy tarde....

—Señor, no ha dependido de mí.

—Esto es una grande desgracia.

—Las disposiciones de V. M. no han cambiado?

—Os había dado mi palabra, pero yo no puedo sujetar los sucesos á mi voluntad: caminan con tal precipitación, que lo que era posible ayer, hoy no lo es.

—Pero Sr. yo traigo la abdicación del emperador Napoleón, á favor del rey de Roma: los mariscales Ney y Macdonald me acompañan como plenipotenciarios.

Alejandro contestó al duque que debería haber regresado con prontitud: que las circunstancias habían cambiado para Napoleón, porque si antes se le temía por su habilidad y audacia, ahora todo lo contrario: agregó que el senado y todos los demás cuerpos del estado, se habían apresurado por los manejos del gobierno provisional á llevar adelante la caída de Napoleón; y que la mayor parte de los mariscales y generales participaban de los mismos sentimientos. El duque oponía diversas consideraciones, y manifestaba la decisión de las tropas: que eran muy pocas las deshonrosas excepciones entre los militares, especialmente cuando los soldados estaban irritados y ardientes por el combate. Alejandro replicó. —Os alucináis todavía, en el momento en que hablamos, Fontainebleau está descubierto y Napoleón á nuestra discreción.

—Qué decis Sr.? exclamó el duque, todavía nuevas traiciones?

—Las personas que quieren que triunfe una causa diversa de la vuestra, trabajan sin cesar para separar de Napoleón á los generales más influyentes, y como cada uno piensa en su fortuna y posición, se han violentado en asegurar... el campo de Essonne se ha levantado (1).—El duque quedó estupefacto con semejante noticia. El emperador Alejandro le

(1) El antiguo edecán de Napoleón cuando Lodi y Arcole, el mariscal Marmont, cubría con un ejército este punto importante para las operaciones del emperador sobre París y otras partes. El general Luceotte, comandante de la reserva de Marmont reusó asociarse á esta defección y anunció á sus tropas su resolución, poniendo en la órden del día estas gloriosas palabras: *Los valientes jamás desertan: ellos deben morir en su puesto.*

dió los pormenores de la defección de Marmont: este hombre desertaba... el general Souhuan lo secundó, y la vispera había pasado á pedir á Napoleón dos mil escudos!...

Caulaincourt suplicaba de nuevo á Alejandro, y le decía, que no perdía la esperanza de que el negocio se vieso en el consejo: el emperador de Rusia espresaba que se había perdido el tiempo: *que tres días en política son tres siglos*; confluía con hacer notar de nuevo, que los mariscales y generales abandonaban á Napoleón: que los cortesanos no descuidaban ni un momento para introducir el desaliento y lograr el éxito en sus planes.

—El emperador Napoleón, dijo Caulaincourt, traicionado cobardemente, abandonado y entregado al vencedor por los mismos que debieron formarle una muralla con sus cuerpos y espadas... Esto es horrible, horrible...

Alejandro vió conmovido al duque y le dijo.

—Agregad que le debían todo, todo, ilustración, fortuna... Qué lección para nosotros, reyes! Valor, Caulaincourt; yo estaré ántes que vos en el consejo; allí nos veremos.

Al salir el duque de ver al emperador Alejandro, se encontró con varios de los hombres que se habían quitado la máscara contra Napoleón, y que ya lo insultaban; pero el duque ni un momento dejó de humillar y reprimir á esos ingratos. Fué en seguida á buscar á Macdonald y Ney, y les impuso de lo ocurrido con Alejandro. Pasaron, pues, al consejo, y allí vieron á esos franceses, que llenos de perversidad, maquinaban contra la Francia. El emperador de Rusia hablaba con el rey de Prusia. Un general francés recién llegado, había traído la noticia de la defección de Marmont. Allí estaban en un grupo Schwartzemberg, Nesselrode, Litchenstein y Pozzo di Borgo, que siendo corzo y estando al servicio de la Rusia discutía para que se tratase con rigor á Napoleón: al rededor de este grupo se agitaban los descarados realistas. La llegada de los plenipotenciarios hizo cesar las conversaciones particulares. El emperador de Rusia y el rey de Prusia se sentaron, junto á una mesa que estaba en medio del salon. Caulaincourt entregó á Alejandro á nombre de Napoleón su abdicación á favor del rey de Roma, y de Maria Luisa. El rey de Prusia habló primero, en un tono frío y dijo, que los sucesos ocurridos no permitían á sus antiguos soberanos que se manifestaban por sus antiguos soberanos: que los aliados no podían mezclarse en los negocios franceses, y menos contrariar el

decreto del senado, en no reconocer á Napoleón como emperador, y sin derecho para disponer de la corona.

Macdonald contestó con enérgica fidelidad á favor de Napoleón, y agregó que si se le disputaba el derecho de abdicar en su hijo, sucederían grandes desgracias: que el ejército estaba decidido por su jefe y dispuesto á derramar la última gota de su sangre para sostener los derechos de su soberano. Una sonrisa burlesca acogió esta declaración, y se anunciaba el duque de Ragusa, (Marmont) el que entró ufano, y con felicitaciones se le recibió: su presencia causó estupor en la mayoría de la asamblea; pero los intereses privados prevalecieron. Las circunstancias eran funestas, excesivamente degradantes. Todo se daba: se prostituíta y se ofrecía la Francia al extranjero, y cuanto había se dejaba á su discreción, y hasta tal extremo, que llegó á decir un día el emperador Alejandro, que si los aliados hubiesen querido establecer á *Kutusof* en el trono de Francia, se habría gritado *¡viva Kutusof!*

La llegada de Marmont al consejo, simplificó la discusión: no pudieron prevalecer las razones á favor de Napoleón, alegadas con una vehemencia y una lógica tronantes. Marmont tenía la triste celebridad de haber entregado la vanguardia en Essonne, de su general y amigo. Un ejército ruso estaba en su lugar, y avanzaba á Fontainebleau. En esto se dice á los defensores de Napoleón que no hay mas sino la abdicación *absoluta*: esta fué la declaración última que se les hizo. En vano insistió Ney con el mismo valor que desplegaba en los combates. Se dispuso, pues, el regreso de Caulaincourt á Fontainebleau. Napoleón estaba en una ventana que daba á un jardín. Caulaincourt entreabrió la puerta de la pieza y se anunció. Napoleón le dijo:—*¡Ya!* y su mirada parecía querer arrancar la respuesta al duque. El emperador revelaba en su semblante, cuán grande era el desorden de sus pensamientos.

—La defección de Essonne ha servido de motivo para nuevas pretensiones? Otras condiciones? yo soy vendido, traicionado. Veamos que mas se exije de mí. Caulaincourt le hizo presente todo cuanto había ocurrido, ménos la llegada de Marmont por no aliviarlo más. Napoleón quedó cogitabundo, y despues espresó que la guerra con sus azares era preferible á tan humillantes condiciones: sus miradas eran terribles, y fuego lanzaban sus ojos. Espresó sobre los medios de defensa que tenía todavía en su poder, y con cuanto mas contaba

para obtener el triunfo mas completo, agregaba que haría inscribir en sus banderas *independencia y patria*, y que sus águilas se harían temibles, y concluíta.—*Si los gefes del ejército que me deben su ilustración y á mis soldados, si estos gefes quieren descansar, que se vayan: yo encontraré bajo los capones de lana generales y mariscales... ellos han olvidado con esos trajes guarnecidos de oro, su uniforme de paño ordinario, siendo así que en esto estaba su mas bello título de gloria!* Y cuando esto decía, se paseaba con violencia, y le dijo á Caulaincourt que escribiese á Ney y Macdonald, que se viesen: aquí le suplicó que reflexionara ántes de adoptar un partido estremo. Contestó que había reflexionado: que ya tenía tomadas sus medidas: que renunciaba toda negociacion; y que estaba resuelto á la guerra. Despues se retiró á descansar Caulaincourt. Cuando volvió, advirtió mas los conatos de defección y las murmuraciones en Fontainebleau, que se aumentaban con las noticias de la aproximación de las tropas extranjeras. Entró á ver al emperador y le impuso de todo, conjurándolo á que tomase un partido. Napoleón ántes de resolverse quiso saber de los mariscales y generales si podía contar con ellos y entonces se decidiria. Llegaron Berthier y otros mariscales, llenos de embarazo, y le dijeron que el enemigo avanzaba. *Lo sé*, les dijo Napoleón, en un tono seco: despues descendieron al fin que se proponían sobre asegurarse en su posición. El emperador respondió en un lenguaje lleno de dignidad, manifestando que estaba dispuesto á tratar de la paz; pero que las condiciones no serían humillantes, y que en un caso estremo, se retiraría con su ejército á Italia, de tan gloriosos recuerdos: hablaba así al corazon y al honor de sus tenientes; pero estos con lánguido silencio acogían aquellas disposiciones. Concluyó la conferencia de los mariscales que nada tuvieron que oponer á los vehementes discursos de su jefe, quien manifestó el deseo de quedar solo. Caulaincourt se retiraba y lo detuvo. Cuando el último había salido, le dijo al duque:

—Estos hombres no tienen ni corazon ni entrañas... yo soy mas bien vencido por el egoísmo y la ingratitude de mis compañeros de armas que por la fortuna. Esto es horroroso: todo está consumado... partid, mi amigo... ¡Escenas terribles que destruyen toda la ilusión de los que obtienen el poder! En nuestra corta existencia política hemos palpado, y sus recuerdos nos estremecen y llenan de rabur.

Tres ilustraciones de nuestra independencia. Tom. 1.

dencia, *las primeras* han sufrido sin piedad el rigor de la suerte, víctimas de la inconsciencia de los hombres... y la perdida? la perdida ha tenido la mayor parte!...

Mas volvamos al emperador de los franceses. Caulaincourt regresó á Paris con nuevas instrucciones. Aquí los aliados discutían precipitadamente sobre la suerte de Napoleón, y ya se le quería confinar á Santa Elena: mereced al emperador Alejandro que apoyó á Caulaincourt, la isla de Elba fué el punto designado para la permanencia de Napoleón. Este le dirigió á aquel en veinticuatro horas siete correes, previniéndole que se volviese con la abdicación y que no quería tratado alguno: que la parte de este que hacía relacion al numerario, le ofendía y degradaba. Llegó Caulaincourt y le instruyó no sin bastante pena de todo lo convenido: el debate fué prolongado entre el emperador y Caulaincourt. Entre tanto en el salon inmediato se agolpaban diferentes grupos de las noticias de la aproximación de los sucesos últimos de Paris, y renegaban por que Napoleón no firmaba, llegando su impudencia hasta escuchar lo que aquel hablaba con reserva. Caulaincourt lo dejó solo para que leñera con meditacion el tratado, y habiendo regresado en la noche le suplicó con encarecimiento que se decidiese á tomar un pronto partido, porque las circunstancias iban alejando todo el que pudiera ser favorable.

—Mas en fin, qué queréis que haga? le dijo al duque, dirigiéndole una triste mirada.

Caulaincourt quedó silencioso. Napoleón se paseó un rato cruzadas las manos por detras, y despues como saliendo de un sueño fatal, dijo con voz tranquila.

—Es necesario terminar esto... así lo juzgo, mi partido está tomado. Estas palabras las pronunció con espresion espantosa, y quedó un gran rato sin hablar palabra: en seguida despidió al duque para que fuese á descansar. —Mañana nos veremos, le dijo.

El duque conoció lo que Napoleón intentaba, y quedó lleno de funestos presentimientos. Alejandro Dumas ha poetizado con una de sus sublimes inspiraciones estos momentos, diciendo que la declaración de los aliados, que fijó sus irresoluciones, declarando que Napoleón era el único obstáculo á la paz general no le dejaban mas que dos recursos:

Salir de la vida como Aníbal.
Descender del trono como Sylla.

El veneno de Cabanis (1) fué contrariado po.

[1] Médico del emperador, que cuando la campaña

la vigilancia y oportuna asistencia de los servidores de Napoleón.

Este tuvo que ocurrir al segundo de aquellos recursos, deponiendo el poder como el romano.

Habia sufrido mucho por haber intentado el primero: su semblante estaba cubierto de una palidez livida: sus facciones habían sido terriblemente alteradas... su mirada hacia temblar.... Se llamó á Caulaincourt, y luego que fué instruido, concibió la espantosa resolución de su amigo, de su emperador: ocurrió, pues, á hacer cuanto pudiera para arrancar- lo de los brazos de la muerte: tomó una taza de té, combinado con un antidoto y se la presentó á Napoleón, quien la rechazó.

—Voy á morir, Caulaincourt, le dijo, yo os recomiendo á mi muger y á mi hijo.... defended mi memoria.... yo no puedo mas soportar la vida.

Caulaincourt casi frenético de dolor, insistía en que Napoleón tomase el té que repelia.

—Dejad.... dejad.... decía con voz balbuciente.

—Señor, le dijo el duque, exasperado, á nombre de vuestra gloria, á nombre de la Francia, renunciad á una muerte indigna de vos.

Después de mil súplicas y enternecidos ruegos, debió Napoleón varias tazas de té, que produjeron al fin que arrojase el infernal líquido. Napoleón estaba salvado. Se hallaba estenuado y en la tranquilidad que sucede á las grandes conmociones que se sufren, no solo en el cuerpo, sino en una alma ardiente, y que ejercía un dominio en los hombres y en las cosas como Napoleón. ¡Qué tierno y expresivo era el espectáculo que se presentaba en la alcoba del ilustre enfermo, á la pálida luz de las bugias! La agonía del grande hombre se había anunciado! Un solemne silencio reinaba y solo era interrumpido por los prolongados y profundos suspiros que exhalaban los asistentes: no habría habido uno que no hubiese dado su vida por salvar la de aquel hombre, poco ha, lleno de vigor y de predominio, y que prefería la tumba al pacto de los aliados, que ponía la Francia á discreción del extranjero, para vengar en ella veinticuatro años de gloria.

Vino, pues, la calma del alivio con el júbilo de los que habían quedado fieles con el corazón y con las simpatías de su alma.

—Dios no lo ha querido.... yo no he podido morir.

—Señor, vuestro hijo, la Francia ó vuestro

de Rusia, le dió en lo reservado un pomito que contenía una mortífera sustancia.

nombre que vivirá eternamente, os imponen el deber de soportar la adversidad.

Napoleón continuó lamentándose por la suerte de su hijo, y el coloso de la Europa lloraba al ver á su hijo sin porvenir....

—Señor, le dijo Caulaincourt, no deberíais morir: es necesario que la Francia os lllore vivo.

—La Francia me ha abandonado.... y vos en mi lugar, Caulaincourt, habríais hecho lo mismo que yo: cuando todo me sonreía, ¡no he desafiado la suerte en los campos de batalla!

¡Ah! la defecion de sus criaturas, la ingratitude de los que elevó, le desecaban el corazón y le hacían insoportable la existencia. El bardo inglés, el inspirado y ardiente lord Byron, unió sus lágrimas á las del héroe, para reprochar á la Francia y á sus hijos ese abandono, esa deslealtad en el día que su gloria comenzó á eclipsarse. El poeta invocó á la posteridad para denunciar la estúpida ingratitude de los franceses, y la posteridad francesa la regala con su llanto los restos del emperador de sus padres!

Tierna y poética fué, aunque no de larga duración por su estado de debilidad, la conversacion que tuvo Napoleón con su amigo Caulaincourt y que terminó con decir que firmaría.

A otro día, (11 de abril) mandó llamar á Caulaincourt, con quien conferenció acerca de las diversas disposiciones relativas al tratado. (1)

—Esas cláusulas, dijo, que hablan de dinero, me humillan: es necesario hacerlas desaparecer, yo no soy mas que un soldado y un Luis me basta por día. (2)

Caulaincourt se opuso á ese desprendimiento, porque entro otros males traería el que no pudiese subsistir como soberano, y que su casa militar sufriese las mayores escaseces, que le ocasionarian grandes embarazos en su nueva situacion. Napoleón, después de prolongados debates tuvo que ceder, no sin rubor y se resignó á firmar el tratado. Después lo hizo con la abdicacion concebida en estos términos, llenos de noble orgullo y de dignidad que aumentaba en su desgracia.—, «Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el resta-

(1) Este no fué cumplido despues, con excepcion de los artículos que alejaban á Napoleón de la Francia y lo deportaban á la isla de Elba.

(2) Caulaincourt, tom. 2.º —A. Hugo, tom. 5.º —Lallement, tom. 20.

blecimiento de la paz en Europa; el emperador Napoleón fiel á su juramento, declara que renuncia para sí y sus herederos á los tronos de Francia y de Italia, y que no hay sacrificio personal, aun el de la misma vida, que no esté dispuesto á hacer por la felicidad de la Francia.» Eran los últimos actos en ejercicio de su soberanía, que tocaba á un término. Cuando firmó, dijo á Caulaincourt.

—Y ahora, violentad la conclusion de todo... decidme el tratado á los soberanos aliados. Decidles, decidles en mi nombre, que yo trato con el enemigo vencedor, y no con ese gobierno provisional, en el que no veo mas que una junta de facciosos y traidores.

Entraron Macdonald y Ney; á estos y á Caulaincourt les dió sus órdenes, agregando que su abdicacion y tratado serian obligatorios si se cumplian las estipulaciones hechas á favor del ejército.

Para regresar los comisionados á Paris, tuvieron que presenciar los trasportes de alegría de los que en Fontainebleau, olvidándose de su honor, no veían mas que su fortuna particular. En la capital las escenas vergonzosas fueron con mayor escándalo. No lo causó menos la conducta del mariscal Angereau, hombre exajerado en sus ideas políticas cuando la república, así como cuando el imperio; en fin, el duque de Castiglione, que tanto lisonjeara á Napoleón en sus dias de ventura, mancilló su nombre y honor, hasta el estremo de insultar á su emperador en una proclama, despues de no haber ejecutado las órdenes que había recibido para defender á Leon y neutralizar á los aliados en el medio día de la Francia.

Luego que la abdicacion fué recibida y el tratado por los aliados ratificado, se aumentó mas el espíritu de deslealtad y comenzó á desarrollarse el de reaccion, reaccion sofocada por mas de veinticinco años. El orden social estaba desquiciado, y los ánimos entre la exaltacion y la baja.

Cuantos personajes quedaban en Fontainebleau, se separaron de Napoleón y corrieron á Paris, en donde se acogían á esos prófugos afablemente, sin mas excepcion entre tantos ministros y dignatarios, que la del duque de Bussano, el honorable Maret, que quedó en el puesto en que el honor le dictaba permanecer.

Aquellos hombres, supuestos intérpretes de los soldados, iban á protestar que estos participaban de sus sentimientos. El magnánimo general Leval, que por su heroísmo se le había considerado como el verdadero intérprete del ejército, desmintió las apócrifas protestas de

los mariscales. El general Leval y otros que habían quedado fieles á sus viejas banderas, no fueron á mendigar favores á Paris. Al fin cedieron á las circunstancias y esto despues que su emperador los desprendió de sus juramentos.

Napoleón se hallaba en un estado violento, y escribió á Caulaincourt.

—Yo quiero partir.... ¡quién me hubiera dicho que el aire de la Francia había de ser pesado y sofocante para mí! La ingratitude de los hombres mata mas eficazmente que el fierro y el veneno, ellos me han hecho la existencia pesada. Apresurad, violentad mi partida.

Fué decidido, pues, que las cuatro grandes potencias mandarian un comisionado para escoltar á Napoleón. Caulaincourt se regresó á Fontainebleau antes que llegasen los comisionados: en el tránsito, el duque de Vicencio halló diferentes regimientos, que al verlo gritaban aún con entusiasmo, ¡viva el emperador! Parecía que se estaban preparando para una revista como en otra época. El soldado raso es el que menos olvida el honor y la fidelidad en medio del infortunio.

El duque no pudo dejar de recibir una favorable impresion en estos rasgos de fidelidad: impresion que muy pronto se desvaneció al aspecto de los salones desiertos de Fontainebleau, pues el aliento de la adversidad había hecho desaparecer á los mariscales con sus estados mayores. Aislado, con solo unos cuantos servidores había quedado Napoleón en aquel palacio: el emperador poderoso, el hijo querido de la victoria, ante quien habían caído los imperios y cuyos soberanos inclinaban la rodilla, estaba ahora abandonado, olvidado, como si su vista sola, ó el pronunciar su nombre contagiase la existencia.

El caballeroos Caulaincourt aumentaba su fidelidad, cuanto mas la desmentían otros, que en los dias de la prosperidad de Napoleón lo lisonjearan hasta humillarse. El emperador estaba en el jardín: cuando vió al duque le dijo:

—Todo está pronto para mi partida?

—Si señor, le respondió el duque, procurando calmar la emocion del emperador.

—Muy bien.... ¡Mi pobre Caulaincourt, creéis que Bertier ha partido? y ha partido sin decirme adios....

—El duque procuró consolar á Napoleón sobre esta y otras ingratitudees.

—Bertier ha nacido cortesano, lo vereis mendigar un empleo de los Borbones." Y hablando de la conducta vergonzosa que aun

delante de él habían tenido los grandes oficiales del imperio.—Yo soy humillado, dijo, que hombres! Cuanto los elevé a los ojos de la Europa, ellos se han abatido. Qué han hecho de esa aureola de gloria al través de la cual aparecían en el extranjero? Qué pensarán hoy los soberanos de todas esas hechuras de mi imperio?... Caulaincourt, esta Francia era mía, y lo que la deshonra es para mí como una afrenta personal.... Me había identificado con ella.... Entremos.... estoy fatigado. Habiéis visto a los comisarios?

—No señor, al descender del coche vine luego hacia V. M.

—Id a verlos.... violentad, violentad mi partida.... esto se prolonga mucho....

Cuando salían del jardín el emperador y el duque de Vicencio, un coracero de la guardia vestido de gran uniforme y que esperaba hablar a Napoleón, corrió hacia él, quien le dijo:

—Qué queréis?

—Mi emperador, yo os pido justicia, le respondió en ademán suplicante.

—Qué se te ha hecho?

—Se comete conmigo un acto de execrable injusticia: en treinta y seis años de edad, cuento veintidos de servicio y estoy condecorado. Cuando esto decía, se tocaba su pecho. Después continuó: con todo, no se me ha puesto en la lista de partida.... si se comete esta sinrazón, me abriré con mi espada un lugar entre los privilegiados.

—Tienes deseos de venir conmigo?

—No es deseo, mi emperador, es un derecho, es mi honor el que reclamo, y....

—Lo has reflexionado bien? le replicó Napoleón con bondad: es necesario que abandones la Francia y tu familia y que renuncies á tus ascensos.

—Yo los abandono, dijo con voz brusca; yo tengo mi cruz y esto me basta.... y en cuanto á lo demás, todo lo olvido; con respecto á mi familia hace 22 años que vos la sois: vos mi general. Yo era trompeta en Egipto, os acordáis?

—Vamos.... tú me acompañarás, hijo mío, esto lo arreglaré.

—Gracias.... ¡ah! gracias, mi emperador; yo hubiera sido sin esto muy desgraciado. El pobre coracero se separó alegre y orgulloso.

—El sistema de compensaciones, Caulaincourt y yo no puedo llevar mas que 400 hombres, y mi guardia entera desea seguirme.... En ella se agota el ingenio por encontrar en la antigüedad de los servicios, en el número de

sus escudos, títulos para dividir conmigo el pan y la tierra del destierro. ¡Valientes, bravos soldados! qué no pueda llevarlos á todos!

Ni una visita, ni un recuerdo de alguno que viniese á cambiar esa monotonía de dolor que reinaba en Fontainebleau! De vez en cuando se escapan de la boca de Napoleón los nombres de Malé, Fontanes, Berthier, Ney, y.... nadie viene....

Montholon, el fiel Montholon Hega del Alto-Loire, y espresa el entusiasmo de las poblaciones y de los soldados, y decía que todavía era tiempo.

—Es bien tarde, responde Napoleón... ellos lo han querido.... y alguna que otra palabra era una acusación terrible.

El 19 de abril, los preparativos del viaje fueron concluidos. Las mas crueles emociones aumentábase por grados cuanto mas se acercaba la hora de partida. Napoleón sufría.... los que le habían quedado fieles tenían el alma despedazada: las lágrimas eran de sangre.

—Napoleón preguntó á Caulaincourt, está todo dispuesto?

El duque solo pudo hacer un signo afirmativo.

—Mañana al medio día montaré en un coche. Nadie podía articular palabra....

—Caulaincourt, yo tengo el corazón lacerao: nunca debíamos separarnos.

—Señor! exclamó el duque desesperado, yo partiré con vos: esos hombres me han hecho la Francia odiosa!

Napoleón le dijo que no, por varias razones y entre otras agregaba:

—Quién defenderá esos valientes y fieles polacos, cuyos derechos eran garantizados por sus honrosos servicios? pensado bien, esto sería una deshonra de mas para la Francia, para mí y para todos vosotros y á los intereses de la Polonia no son irrevocablemente asegurados.

Habló despues de sus disposiciones para recompensar á su casa militar y civil y del sentimiento que destrozaba su corazón de no poderlo hacer como el queria; pero que al menos llevaba un recuerdo de cada uno en particular, por sus servicios.... y por su constante adhesión.

—Dentro de algunos días estaré establecido en la soberanía de la Isla de Elba.... me violento por respirar allí.... aquí me sofoco.... Yo había meditado para la Francia grandes cosas.... el concurso de todos me era necesario: se me ha rehusado. Este pueblo, el mas valiente y animado de la tierra no tiene constancia mas que para volar al combate; pero una derrota lo

desmoraliza: diez y seis años de victorias á mi lado se han olvidado en un año de desastres," y suspiró profundamente.

Pasado un rato de meditacion, siguió hablando sobre la manera bárbara con que se le consideraba, y hollando en él las leyes naturales al separarlo de su muger é hijo: despues decía:

—La historia dirá: Napoleón soldado y vencedor fué generoso y clemente en la victoria; Napoleón vencido se le ha tratado con infamia por las viejas monarquías de Europa.

El duque de Vicencio procuró en esto y en lo demás derramar en su alma el bálsamo del consuelo: la amistad y fidelidad de Caulaincourt, infundían en su emperador la confianza. Esto se paseaba con violencia, y sus expresiones aisladas eran la historia de la Francia y aun del mundo que veía con su mirada de águila en el porvenir.... y continuaba.

—El recuerdo, decía á Caulaincourt, que llevo de vuestra conducta hacia mí, me reconcilia con la especie humana.... vos sois el mas perfecto de los amigos; y le abrió los brazos al duque, el que se precipitó en ellos: ambos estuvieron por un rato mudos con la opresión del dolor.

—Es necesario separarnos, mi amigo, mañana aun tendré necesidad de todo mi valor para dejar á mis soldados.... Valiente y admirable guardia.... fiel y adherida en mi buena ó mala fortuna.... Mañana le diré mi último ¡adiós! En fin, es el postrer sacrificio que me queda por hacer.

Despues con acento conmovido le dijo al duque:—Caulaincourt, nosotros nos veremos un día.... mi amigo; y salió fuera de su gabinete.

Caulaincourt, frenético de pesar, se separó tomando el camino de Paris.

En este día, el 19 de abril, el emperador dictó sus órdenes para su partida: al siguiente su guardia y lo que le quedaba de oficiales superiores estaban dispuestos. Ya se había hecho la honrosa y envidiable eleccion de los que lo habían de seguir á su destierro: los generales Bertrand, Drouot, Cambronne, el mayor y baron polaco Jerzmanowski, el caballero Malet, los capitanes de artillería Cornuel y Raoul, los de infantería, Loubars, Lamourette, Hureau y Cambi; en fin, los capitanes de lanceros polacos, Balinski y Schoultz y 400 granaderos y cazadores de la vieja guardia y lanceros polacos habían de acompañar á su emperador.

Rodeado por los ejércitos enemigos, no pudo ver antes de su partida á ninguno de la familia: todos los miembros de esta salían en diversas direcciones para el extranjero. La em-

peratriz Maria Luisa tiene que aparecer en la historia con la tacha que se le hace de su calculada posicion que ella misma buscó para no ver á su esposo. Napoleón quedaba empujado de su infortunio, y á la vista de la Francia, y la Europa sonreía....

En fin, el 20 de abril los coches de viaje estaban preparados. La guardia imperial estaba formada en uno de los grandes patios del castillo de Fontainebleau: á la una de la tarde salió de su gabinete Napoleón y á su tránsito halló el pequeño resto de la brillante y numerosa corte que un día lo rodeó. El duque de Bassano, el general Belliard y otros pocos generales y coroneles, habían sabido conservar ilosos su honor y fidelidad hasta lo último, ¿y los polacos? Los polacos eran representados en esta escena solemne por el general Kosakowski y el coronel Vousovitich. El emperador dirigió su mano á cada uno y se fué hacia su guardia.

Con mil vivas lo acogió esta falange escogida, admirable resto de los héroes de la república y del imperio. A un signo de que queria hablar Napoleón, reinó un silencio lleno de ansiedad y de desconsuelo: en medio del cual y á la vista de los comisionados extranjeros, dirigió á su guardia aquellas últimas palabras elocuentes y sublimes que el dolor le dictaba y que el mundo entero ha acogido con admiracion, con entusiasmo, con ternura. Palabras que revelan á la vez las profundas emociones de amor y de dolor que inundaban el alma del héroe.—No lamentéis mi suerte, les decía al concluir, seré feliz siempre que sepa que vosotros lo sois. ¡Adios, hijos míos, yo querria estrecharos á todos en mi corazón: ya que no me es posible, abrazaré al menos vuestra bandera (1)."

Al pronunciar estas palabras el general Petit, toma una águila y avanza. Napoleón fuera de sí abraza al general y besa la bandera: hizo un esfuerzo, y con voz firme dijo á sus soldados: «Adios en fin, mis viejos compañeros de armas.... Adios, mis valientes! Adios, hijos míos (2)."

En seguida se dirigió apresuradamente á un coche en el que lo esperaba el general Bertrand. Partió.... En el corazón de los franceses quedaron tantos remordimientos, como trofeos y gloria había conquistado para la Francia. El mundo estaba absorto, la Europa silenciosa, la victoria en duelo. ¡Sabeis la causa? *Hijo de la libertad la traición, y la libertad se vengó!* México, marzo 15 de 1844.—D. REVILLA.

(1) A Hugo.

(2) Lallement.

¡ELLA!

Aquí de los espantos y de los comentarios, de los males de nervios y de los suspiros ¡Ella! ese es un título romántico, eminentemente romántico, fruta de ese árbol viejo carcomido y medio seco. ¿Quién no recuerda al leer este encajeamiento del romanticismo y los románticos del curioso parlante? ¿Quién no se estrema pensando ya en los venenos y en los puñales?—Desde el oscuro rincón de mi humilde cuarto divisó a la sentimental Elisa preparando una lágrima que ya comienza a brillar en su párpado; divisó también a la débil Clara ahogándose; su seno palpita y sus nervios se contraen. El Romántico Anselmo se dispone á acompañar con sus gemidos y sus maldiciones á las blasfemias y á los sollozos de la heroína ó del héroe del cuento que se titula „Ella.” Por detras de todos estos jóvenes ansiosos de impresiones, ávidos de desventuras si quier leídas ó acontecidas, distinguo á la venerable Rita, á la buena sexagenaria, horripilándose y llamando heregias al romanticismo y hereges á los escritores que tal escriben, y ensartando ya un sermón de sexagenaria que deja entre asustada y curiosa á la tímida Angelita.... Paso, señores, no es nada de eso; nada de lo que VV. han pensado es el articullito.—„Ella” es cosa muy distinta; no hay para que asustarse. ¿Quién de VV. no la conoce? ¿Quién no la ha visto? ¿Ha estado V. en un baile de candil? ¿No sabe V. lo que es? Bien, venga V.; entremos. Distingue V. entre esa turba de bailadoras mozueltas, de damas de barrio, de elegantes de accesorias de hembras de soldados, entre esa multitud de mugeres que se enlazan y se agrupan y se oprimen con esos caballeros sin perfume, ni casacas, que se abrazan con esos *dandys* de calzoncillo y sábana, de chaqueta y jorongo, petimetres de sombrero jarano y rolizas mufecas, que arman pendencias y se acuchillan y despiden á un hombre para la eternidad, con la misma sangre fría que un elegante de baston y lente se sorbe en finisimos trago una taza de café. ¿No distingue V. entre esas mugeres, entre ese grupo, á una muger que pareciera multiplicarse? Se admira V. de sus formas tan bellas, de su aire tan jovial, le parece á V. la reina de esa sociedad?—Es cierto; véala V. triscar buscar á este, luego á aquel; ansiosa de placeres ávida de sensaciones gratas. ¿Qué gracia en

sus movimientos, qué desenvoltura, qué ardor! —Esa avidez de placeres físicos es el eslabon que une á los racionales con los brutos, vea V. á esa hechicera, á esa mugerj de la hez entregada á ella; ¡siente V. deseo de conocerla?—Disfrute V. antes del placer de contemplarla; porque esa muger es *Ella*, y ella.... Venga V., dará la vuelta y V. verá su rostro. ¿La vió V.? Pero por qué ha exclamado? Esperaba V. hallar un rostro juvenil, un rostro hechicero, esperaba V. hallar una mirada angelical.—¡Infeliz!—Le ha encontrado V. con un rostro rugoso ya por la edad, con una frente marchita por el vicio, con una figura que revela los mil criminales placeres de esa muger que al fin ya de su vida vuela anostrosa tras ellos, busca aún sensaciones de que ya es incapaz.—Véala V. bien, note V. los signos de maldiccion que lleva impresos en esos ojos secos, rojos; aun en esos mismos movimientos llenos de vida y de gracia se descubre su prostitucion. Esa muger es *Ella*; porque con este nombre y en uso de mi autoridad he querido bautizar á esas viejas verdes, ó sean coquetillas de cincuenta ó mas años.—¿Siente V. un atractivo oculto, un *no sé qué* que impele á V. á quedarse junto á esa muger?—Ese atractivo es un hechizo, es el resultado de un clister que forma el patrimonio de *Ella*.—Salgámos, huya V. conmigo. Vamos á un baile mediano, porque este artículo ha de ser artículo de baile y de danzas; D. N. dá un baile, y D. N. es un buen empleado de regular sueldo que le queda á deber tesorería. Venga V.; en su casa se reúnen mil personas de laj clase media, (de esa clase que oculta crímenes horribles y virtudes heroicas, arroyos inauditos y sacrificios inmensos, de esa clase demagógica y anárquica, de esa clase hija del orden y de la libertad. Es la sala, vea V. á esas jóvenes frescas, hermosas, puras, sin pretensiones de orgullo, con la sencillez de la mediocridad; todas bailan, todas danzan; todas están alegres, unas entregadas á los cantos del baile, otras cuchicheando en un extremo de la sala, confiándose sus penas y sus amores, sus esperanzas y sus temores. Fíje V. su vista en ese corro; vea V. á aquella muger que brilla entre todas por su trage modesto, sus modales tan dulces por su vivacidad, tan ingenua y tan sencilla. Debe de ser la inocencia misma, el can-

dor personificado. Véala V. riendo con las jóvenes y dándoles consejos porque tiene sus aires de experimentada. Mírela V. descubriendo su sensibilidad excitada por los sonos dulcisos de la música; su cuello ondea, su blanco cuello, su cuello de cisne, su cabeza hechicera chispea con el fuego de la juventud. ¡Tiene quince años! Cree V. que es sensible y la ama, que es hermosa, que es ingenua, que sus maneras son francas, que sabrá amar con fuego.—Bien; véala V.; ya la conoce V. de perfil, ahora mírela V. de frente. ¿La vió V.? No exclame, no prorrumpe en gritos.—¡Es *Ella*! Véala V. encubrir su falsta, véala V. cómo suspira á los acentos de ese joven, cómo lanza una mirada al otro, cómo anima á aquel.... ¿Se siente V. apasionado por ella? Vea V. como se divisa á travez de la gaza y de la seda que encubren su cuello y su seno, su maldad y su prostitucion; vea V. esa frente juvenil, esa frente de cincuenta años, sus ojos marchitos, ya sus ojos viciados de deleites y animados solo por el fuego de la prostitucion.—¿La creyó V. joven?—Está V. desengañado; tiene ya casco de medio siglo y á estas jóvenes de *semi-siglo* son á las que llamo yo *Ella*. Esta es la *Ella* de la clase media; muger terrible y ponzoñosa como un áspid y abominable como un usurero, aunque ahora los tenemos, para honra de Dios, á millaradas.

No huya V., iremos juntos y á otro baile. (Hoy me ha dado por los bailes) vamos á un baile de tono, á un baile de elegantes, á un salon en el cual brillan á la luz de la esperma los diamantes y los rubies; lugar en que ondean la gaza y la seda, el finisimo *skall* y la ancha enagua de seda. Venga V.; mil bellezas seductoras consolarán á V. de la vision fatal; la música, la alegría, la buena mesa y la.... todos los placeres reinan allí.—Estamos en él, ¡Ha llamado á V. la atencion esa señorita que ha dado su abanico al almirarado y apuesto doncel que conservando una apostura estudiada se ha quedado junto á ella?—Vea V. á esas otras jóvenes, diviértase V. allí; no vuelva V. el rostro á esa muger. Es hermosa, no hay duda, es la bondad personificada, es la imagen de la inocencia en este suelo, es hechicera.... ¡Oh, es un angell—Y la ama tal vez. No la ha visto V. bien. ¿Qué jovencita, qué lez tan delicada; es una niña, y una niña hermosísima. Acérquese V.; mírela V. con su rostro joven á fuerza de aceites y de colorete; mírela V. con ese seno palpitante, lleno de afecciones amorosas, blandidas, suaves como su perfumado aliento; y digo que es perfumado, porque efectivamente echa la juvenil sexagenaria en su boca no sé qué perfume, que com-

pra en la perfumería por supueso).—¿La ama V.? Pues bien, vuelva V. á sus piés; es *Ella*! Escuchará los votos de V., se entusiasmará, la verá V. llena de fuego y de pasion. Pronto, dígalas V. que la ama, y *Ella* inclinará su frente ruburosa; júrela V. su amor, y bajará sus ojos, dígalas V. que muere, *Ella* le dirá á V. ¡Ah! y una lágrima de amor brillará en su párpado viejo, porque la han enterrecido, los acentos de V.—Bésela V. una mano, y en su transporte dará á V. un beso que imprimirá en su frente.... En la frente, porque es V. tan niño y *Ella*.... *Ella* tiene cuarenta y cinco ó cincuenta años cubiertos con ciertos ingredientes que le vende el peluquero vecino; mas no tema V.; lo amará eternamente; así lo dijo, y esta eternidad es como si dijéramos que amaría á V. por toda la eternidad que medio entre la declaracion de V. y la de otro joven nuestro prójimo é hijo de Adán. Porque *Ella* se sustenta con las declaraciones juveniles, como V. y yo nos sustentamos con la carne y con las frutas. Es un placer inefable para *Ella* una declaracion juvenil; figúrese V., hay tanto fuego en el *adoro* dictado por una boca de veinte abríles ó de veinte mayos, que para el caso son lo mismo. Pero en fin recibí la declaracion de V.—¿Lo amará siempre, no es verdad? Leyó V. en sus ojos su placer, sintió V. palpitar su corazon y aunque viejecita es sincera; yo la he calumniado. ¿No es cierto?—Pues bien; aquel mozalvete tímido, encogido, como estudiante de universidad mexicana va á acercarsele.—¿Percebí V. ? *Te amo*.... Acérquemos.—Van á bailar; nosotros tambien danzaremos; póngase V. frente á *Ella*.... Una lágrima le ha quemado á V. la mano. Es una lágrima de la sensible *Ella*; está extasiada con las palabras de ese joven á quien ha dicho *necesitaba llenar el vacio de mi corazon*, y esto es cierto, porque ni V. ni un amante solo son tomos suficientes á llenarle esa carverna que parece un abismo. Porque ya no tienen sangre ni su corazon ni su cuerpo; toda *Ella* está vacía como pipa de vino, y no tiene ya mas que la piel que restira con mil trabajos y por medio de un mecanismo curioso.—¡Vaya V. á llenar ese vacio! No hay quien ocupe tanto que lo consiga, y menos si suponemos que el amante es niño, como son los amante de *Ella*. *Ella* se muere por los niños; por la sencilla razon de que el género humano es tan afecto á los contrastes, y entre una vieja y un niño hay un contraste graciosísimo, cuyo contraste llega á ser un coup de théâtre, si suponemos, como es debido, que la vieja es macilenta y se pinta, y el niño es rollizo y no se pinta.—Y luego figúrese

V., hay tanto ardor, tanta poesía en una declaración juvenil (por supuesto son niños de quince á veinte años), son tan bellas las primeras palabras de amor. *Ella* se deleita en eso; busca á los jóvenes, los anima, los enloquece para gozar de sus arrobos, ya que la corta edad de cincuenta años ó de cuarenta y cinco le impide tenerlos por su parte.—Pero no hay que desanimarse; si V. la ama, vuélvase á *Ella* y permanecerá constante; amaré á V. y á otros y á otros dos y á otros tres y á veinte jóvenes; porque *Ella* es como heroína en achaque de amor; su corazón es inmenso y no se consume ni puede alterarse.... Ya lo tiene seco, y marchito, y amaré á V. y á mil jóvenes para vivificarse con su fuego, para reanimarse un momento con su alma, como se anima un instantélla llama de un candil, si se le vierte encima una gota de aceite. Y se revivirá en el seno de V. con el calor de su juventud, como se reanima y revive en el seno

de inesperto cazador la víbora que recogió ella en un pantano; y morderá á V. como la víbora y le dejará recuerdos de pena como se los dejaría un fantasma que se le apareciera si trajera un vestido del siglo trece ó catorce.

Desprecie V. á *Ella*. Es un horror oírle hablar como testigo de vista de los sucesos de cuarenta años atrás. Abandónela V. y no la busque sino cuando haya menester alguna noticia histórica, ó cuando quiera contemplar un momento un esqueleto, cuando quiera meditar en la muerte.... Y si ella tiende á V. sus brazos, si le mira con amor, si atrae á V., porque *Ella* sabe atraer, véala V. con atención y diga V. á los que están á su lado: „Es una vieja, es *Ella*“ y vuélvala V. la espalda con indiferencia, que este es el mejor remedio que contra esas coquetillas quinquagenarias ha hallado el curioso.

ANÓNIMO.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

D. LORENZO XUARES DE MENDOZA.

CONDE DE LA CORUÑA.

(1580).—D. Martín Enriquez de Almazán fué sustituido por virey de la Nueva España nombrado él para el Perú, D. Lorenzo Xuarez de Mendoza, Conde de la Coruña, que hizo su entrada en México el 4 de octubre en la tarde, del año de 580 y la cual se verificó con mayor magnificencia que la de sus predecesores, pues que de día en día aumentándose la población se aumentaba también el lujo y el esplendor. El carácter jovial del virey, la afabilidad con que oía á cuantos querían hablarle, le atrajo inmediatamente las atenciones de todos y se les hizo desde luego amable.

(1581).—Los oidores, los alcaldes y todos cuantos en México administraban justicia, la ponían en venta, obraban fuera del círculo de sus atribuciones y cometían otra multitud de excesos que el virey no podía reprimir, ni aun con remo-

ver ó suspender siquiera á tales empleados, así como á los de rentas reales que se malversaban, desde que se le restringió su autoridad en tiempo de Velasco, y descaendo el Conde de la Coruña que se remediará, en este año de 81 representó al rey solicitando que nombrase un visitador precisamente para este efecto y con facultades amplísimas.

Aumentado en gran manera el comercio de la Nueva-España que con mucha justicia podría llamar emporios célebres á Veracruz y Acapulco, habiendo en México un crecido número de mercaderes del Asia, Africa y Europa ó infinidad de negocios mercantiles, el ayuntamiento impetó del soberano la creación del consulado que tuvo lugar efectivamente en 84, dándole Xuarez una solemne publicidad á la real cédula de Felipe II.

(1582).—Habían en 580 llegado á México con su arzobispo nueve religiosas para fundar el monasterio de Jesus María, y á las cuales de pronto y mientras se les propocionaba local para su fundación, se les franquearon unas casas situadas en la esquina de la Santa Veracruz (la actual parroquia) y el 20 de febrero de 82 pasaron al edificio que hoy tienen por donación que les hizo un particular siendo ese edificio fincas suyas. Entre las fundadoras venia segun noticias una hija natural de Felipe II cuyo cráneo se dice que existe aun en el convento con un laurel. También en este año, de Guatemala y con el objeto de estudiar llegaron á

algunos mercenarios que fundaron pasados pocos años la actual provincia de la visitación y conventos de México. El día 19 de junio, siguiendo al padre Cayo, ó de julio segun Vetancourt falleció Xuarez de Mendoza á causa de su extrema ancianidad. Fué en gran manera sentido por los que le comunicaron: el periodo de su gobierno fué de corta duración, porque rara vez es largo el de los hombres honrados. Su cadáver se sepultó con gran pompa en la iglesia de S. Francisco, de quien era muy devoto, y de allí se le condujo al sepulcro de su familia en España.

CARLOS M. SAAYÉDRA.

PROFETAS.

Il est impossible d'envisager toutes les preuves de la religion chrétienne ramassées ensemble, sans en ressentir la force à la quelle nul homme raisonnable ne peut résister.

FASCAL.—Marques de la véritable religion.

Tan luego como leímos el siguiente artículo sobre *Profetas*, escrito por Mr. J. P. Pagés, diputado del Ariège, nos propusimos hacer un extracto de él, con objeto de insertarlo en nuestras columnas; pero habiendo reflexionado sobre esto detenidamente, consideramos que una producción de esta naturaleza perdería todo su mérito y aun su importancia, si se extraclara, y nos resolvimos desde luego á publicarla íntegra. Creemos que nuestros lectores no verán con desagrado el artículo que hoy les presentamos, y mucho menos si fijan por un instante su atención en las tendencias de nuestra época, en que por desgracia ya cuandiendo entre nuestra juventud, y triste es decirlo, en algunos de nuestros jóvenes, impulsados solo por el espíritu de imitación y de moda, el aciago escepticismo que arrastra á los hombres, muchas veces sin que lo adviertan, hácia un ciego fatalismo y al mas vil materialismo. La filosofía, cuando se adopta un falso sistema, no produce los benéficos resultados que de ella deben esperar las sociedades: los falsos filósofos sistemáticos son mas perniciosos que los mas desapiadados foragidos, pues éstos causan graves males á un individuo, á una familia, á Tom. I.

una población, si se quiere; pero aquellos estienen mucho mas su dominio, y los males que causan alcanzan á toda una sociedad, al mundo entero.

Todas estas circunstancias nos impulsaron á traducir literalmente este artículo. El versa sobre uno de los puntos mas controvertidos, sobre la verdad de las profetas. Cuántos hombres dudan de las profecías y basta de la existencia de estos seres inspirados por Dios; pero por una notable inconsecuencia, frecuentemente los que tal dudan, nos hablan con una fe ciega del rapto de Elena, de la guerra de Troya, de la fundación de Roma por dos gemelos alimentados por una loba, y de otra porción de maravillas que únicamente creen por que llevan el pomposo título de *hechos históricos*; desechando con la mayor impudencia, lo que la fe nos manda creer, y que los libros sagrados nos presentan con el carácter santo de la revelación.

Estas inconsecuencias de la falsa filosofía francesa del siglo XVIII, que desgraciadamente hemos heredado, podrán traernos males de incalculable trascendencia, tal vez la solución de la sociedad. El artículo que tra-

ducimos puede ser hasta cierto punto un antidoto contra tan fatal veneno, y repetimos que nos lisonjega la idea de que nuestros suscritores lo verán con agrado.

Llego a este dilatado campo sin titubear, pero con dolor, pues que jamás el entendimiento humano ha repudiado con mas orgullo la verdad de los milagros y la sinceridad de los Profetas; mas no, me engaño, Roma tambien presenta una época deplorable. Desde Lucrecio hasta Ciceron, la reina del mundo perdió su fé religiosa: desde Mário hasta César, el pueblo rey, perdió su fé política; desaparecieron los Dioses, luego la libertad, despues la gloria y por fin, la nacionalidad, y los antiguos romanos no fueron ya mas que un tirano y muchos esclavos. Roma creyó poder reemplazar la religion con la filosofía que la habia destruido, mas aqui es donde resalta la importancia del entendimiento humano, pues la filosofía no puede resultar del politeísmo. la mas miserable de las religiones, y el mundo vivió alimentado por la incredulidad, subyugado por el despotismo y sumergido en la servidumbre hasta el día en que la palabra del Cristo vino á reconciliar á la tierra con el cielo. Nuestras tendencias son á una decrepitud semejante, y no vendrá otro Cristo á rejuvenecer el universo, y á consolar á la humanidad.

La filosofía moderna, hija de la de los griegos, semejante á su madre, ha conmovido todo lo que no ha podido destruir, y ha abierto la lucha del mundo intelectual, el cual se ha revelado contra el órden religioso. Con Lutero, la libertad se coloca frente á frente de la autoridad, y el hombre comienza á luchar con Dios: la libertad engendra al exámen, el exámen al análisis y el análisis a la disolucion. Las tendencias de los reformadores no se dirigian hácia este amargo fruto de la reforma, ellos querian oponer la autoridad que intentaban establecer, á la que deseaban abatir, tuvieron por largo tiempo sus confesiones y su doctrina, pero la libertad de los protestantes, debía destruir á la autoridad del protestantismo, y su principio generador debía necesariamente transformarse en principio destructor.

A su vez la antigua y santa autoridad de la iglesia católica se estravia en el combate, negando la libertad del hombre, es decir, al hombre mismo, y se subleva en su contra la independencia del entendimiento humano. Espinosa la arroja hácia una licencia panteista, Hobbes hácia la servidumbre material, y Collins y To-

lland hácia la duda y la negacion de lo infinito. Al combate de los modernos Titanes contra el cielo, sucede una batalla arreglada contra la moral, cuyo resultado era fácil de preveer; la moral no es posible sin la religion, pues solo está en la fé, y solo ella es su fuente, su sancion y su fin; fuera de ella existen leyes y penas, una opinion y conveniencias que pueden conducir hácia una muerte lenta á los pueblos incrédulos, pero que no podrán decirles: levantaos y andad! Conmovido el cimiento vacila el edificio. Montaigne dudando, Rabelais ridiculizando, y La Mothe-le-Vayer racionando, removieron en la filosofía moral la guerra que Lutero y Calvino habian promovido en la filosofía religiosa, y asi ellos fueron como los herederos de los dos grandes reformadores: á la guerra sucedió la anarquia, y Voltaire terminó esta lucha con el triunfo de la incredulidad. Despues del poder religioso y del moral, quedaba el poder político, y á su vez se le hizo descender á la arena. Abandonado por la religion que él habia abandonado antes, repudiado por la moral que él habia manciado, solo y sin defensa, no le quedaba mas que tender el cuello á la cuchilla. El desafío provocado por Bodin, fué terminado con el paso de armas de Mirabeau, Robespierre no se midió contra los agresores, sino que mató á los vencidos. Sin fé religiosa, sin fé moral, sin fé política, ¿qué le queda á un pueblo? Preciso es que vea caer incesantemente todas las gerarquias humanas, y hasta la misma familia debe desaparecer, el hombre debe quedarse solo con su egoísmo y su interés, y entonces estos dos vicios vienen á ser virtudes; y como la ciencia del hombre por el hombre y sin Dios lo conduce al aislamiento, es necesario que se ame solo, pues que está solo; como ha roto todos los lazos que unian lo finito á lo infinito, no queda del hombre sino lo que tiene de terrestre y de grosero, y desde este instante el bienestar material y el oro que lo procura, son el único fin de una existencia que sale del caos y vuelve á la nada; como cree en la inteligencia y no en el alma el grito de la conciencia, el atractivo de la simpatía, todos estos tesoros de regocijos y de lágrimas que nacen de la sensibilidad, cesan el puesto á las groseras emociones de la sensacion que nos impelle hácia el placer, y nos repelle del dolor. Entonces nacen las teorías sensuales que Locke la renovado de Aristóteles, que Condillac ha embellecido, y que los San Simonianos han traducido en toda su brutal sencillez, entonces nacen las teorías de utilidad privada, que reduciendo al hombre á su

organizacion material, lo impelen á satisfacer sus necesidades y sus placeres; entonces nacen las teorías de utilidad general, que en los países protestantes, asi como en los filósofos, han desechado todos los principios, para colocar al hombre y al pueblo bajo la fatalidad de los acontecimientos, sustituyendo la necesidad á la providencia.

Cuando se ha llegado á este deplorable estado ¿qué puede decirse de los Profetas, sin esponsorse á la risa general, á riesgo de no encontrar una mirada que nos anime y una alma que responda á la nuestra? Sin duda hay hombres que se creen superiores por que han visto que la tierra despoblada de Dios está estéril y desierta, y que quisieran rehacer una religion con tal de no creerla ellos mismos. Construirian gustosos una basilica como construyen un cuartel, y asi como pueblan este con soldados, quisieran poblar aquella con creyentes; pero á los unos se les puede decir: marchad! y á los otros no se los podría decir: creed! Los movimientos del alma no son como las evoluciones de un regimiento; pues el poder ejerce sobre las acciones una autoridad que no le es posible ejercer sobre los sentimientos. Es necesario que los filósofos devoren con espanto el fruto de sus obras.

En nuestros días el espíritu profético es incomprendible para los entendimientos tales cuales los han hecho la filosofía del sensualismo y del egoísmo.

Cuando se repudia la profecía y el milagro; y al espíritu de Dios animando al espíritu del hombre, no se puede tratar de los Profetas, sino ostentando ciencia y una ciencia falsa y deplorable. Hace poco que se hablaba todavía de los oráculos como una fé engañosa, pero que á lo menos era fé, por supersticiosa que fuese. Se veia la funesta prevision del enemigo del género humano en las profecías de las religiones estrañas; no era esto sino el génio de Satan que penetraba en las fimechlas para sorprender allí los misterios de la providencia. Pero se trataba de su Dios, de su religion, de su secta, un rayo del cielo venia á iluminar desde lo alto al hombre que caminaba guiado por el dedo de Dios y hablaba inspirado por el espíritu de Dios! El hombre creia aún y oia según las fuerzas de su inteligencia lo conocido á lo desconocido, lo finito á lo infinito, las formas del ente al ente mismo! La ciencia fria inanimada carece de sentimiento, de conciencia, de alma, único poder humano que une á la tierra con el cielo. Asi cuán curioso es verla armada con el error, el sofisma y la mentira penetrar en este

camposin limites del creyente, atacar la fé pasiva como supersticion y la fé activa como fanatismo, servirse de lo falso para destruir lo verdadero y del crimen para negar la virtud. Para la ciencia todo es análisis, y lo que no deja un residuo en su crisol no puede existir. Pobre ciencia! admirable por el racionio y la dialéctica, por la claridad, el órden y el método, que ha dado pasos agigantados, por la invencion y la perfeccion de todos los instrumentos, que pudieran conducir á la ciencia real si su árbol no se hubiera quedado en el Eden. Pobre ciencia! que niega lo infinito con una palabra alliva, y que estacionaria desde Aristóteles y Platon, no puede aun decirnos lo que son el tiempo y el espacio, la vida y la muerte; que quiere presentar á nuestras miradas el hombre entero! y que no puede decirnos lo que es la inteligencia y el sentimiento, cómo existe el alma, cómo se une al cuerpo y cómo se manifiesta en el exterior. Pobre ciencia! que antes de pasar al alma debería comenzar por conocer el cuerpo, y decirnos lo que constituye la respiracion, la circulacion y la generacion; lo que produce la peste, el cólera, la viruela. Pobre ciencia! tan hábil en la descripcion de los efectos, en sistematizar los resultados y tan impotente para elevarse á una causa, á una idea primera cualquiera que sea. Y no obstante, esta ciencia sin fé, es la que quiere espicar nos hace cien años estos misterios de lo infinito, estas tinieblas de lo desconocido á los cuales no puede llegarse sino por la intuicion. La ciencia ha visto juglares, médicos y sibilas, y entre ellos ha colocado á los profetas. Todo es mentira, fullerias, arte de envenenar ó de curar, todo es juego de manos, ilusion, engaño, todo es el hombre, nada es Dios en la religion. Moisés conocia la fuente que hizo brotar de la roca. Elias subia al cielo en un carro de ópera, Eliseo caminaba sobre las aguas con unos patines de corcho, el enfermo fué curado con una medicina, el muerto resucitado porque no habia espirado, y el que muere espor efecto de un veneno. Cómo es que la razon humana no ha bastado para demostrar á estos ingenios superiores que el crimen no se comete vanamente, que es preciso ser impulsado hácia él por un interés personal ó de carta, y que los Profetas estaban aislados y solitarios, vivian perseguidos; y pobres y morian pobres y mártires sin aspirar al poder ni codiciar las riquezas, esponiendo sus cabezas, cuando Dios les mandaba que fuesen á predicar en el templo, en los palacios ó en las plazas públicas, ocultándose despues de ójeatada su mision en los de-

sierios y entre las rocas, esa misma cabeza que el amor á la vida, inseparable de la humanidad, los hacia conservar hasta el momento en que Dios les decia: Necesito de ella!

No, nada puede hoy decirse acerca de los Profetas, porque nada puede ser comprendido. El oido no puede oír, el ojo no puede ver, y el corazón no puede sentir. Se apela á la religion, como si fuera un instrumento en los negocios públicos, pero no se percibe el vacío que deja en las almas. Ay de ella, si en vez de romper con la mano de Dios la puerta que se le cierra, entra ayudada del poder, por la que se le abre! No sería ya la hija de Dios, el ángel tutelar en la desgracia, la reina del mundo; prostituida por el hombre, mancillada con sus caricias, caería bien pronto al fin de su orgia política. Ella no puede ser sino lo que es; y si no es tal como se cree, no es nada. Con este espíritu, es pues, con el que deben leerse y meditarse los Profetas, con este espíritu fué con el que los hebreos escucharon á Moisés, y que hace mas de tres mil años viven aun con su vida y por su palabra; con este espíritu es con el que los cristianos han adorado el Evangelio, y con él, llenos de confianza en sus promesas, han tolerado la opresion y sufrido el martirio; con él humildes en la opulencia, y resignados en los padecimientos, han pasado este sueño que llamamos vida, surcada por algunas ilusiones, herida de dolor y de espanto por algunas pesadillas, y que acaba en la tumba, mansion de muerte, donde el cristiano comienza á vivir, y los de otras eregencias cesan de existir.

Los filosofos hebraisantes rebusan la inspiracion, y pretenden explicarla por medio de la fisiología y la psicología. En medio del mundo que se cree animado por el sentimiento religioso el *sentido íntimo* de la religion ha perdido todo su poder. Se siente que hay un Dios, una alma, se experimenta la necesidad interior de creer, y se conoce y atormenta el peligro del orden social, arrojado como pasto á la incredulidad; pero la filosofia, tal cual la han hecho el siglo XVIII y la revolucion, pesa sobre el mundo como la fatalidad, y con esclusión de algunos hombres á quienes la rechilla del *espíritu fuerte* no ha aun horrorizado, es necesario otra generacion, otra instruccion, otras leyes y otras instituciones, para poner término á la insurreccion del mundo material contra el mundo espiritual. Aun las almas que tratan de creer en nuestros dias, buscan la fé fuera de la religion. Swendemborg y Saint Martin buscan á Dios al través del delirio de sus fantásticas visiones: han visto lo que los ojos no

pueden ver, han oido lo que los oídos no pueden oír. Ellos que no pueden comprender con los sentidos que el alma sea cautiva y soberana en su cuerpo, quieren con ayuda de los órganos materiales atravesar el abismo que los separa de lo infinito: su locura no carece ni de velo ni de uncion, pero á nada puede conducir, pues no es mas que locura. Otros ascéticos, renovados de Madama de Guyon, buscan los misterios por la contemplacion, y recorren todos los velos por la intuicion. Quieren que su alma que no puede salir de sí misma, para manifestarse por sí, y que replegándose en ellos, no puede revelarse á sí misma, pueda atraerse lo invisible, lo desconocido, lo infinito. La psicología no ha llegado nunca á descubrir una idea primera, una idea simple, una idea necesaria, y el sueño de los ascéticos nunca será mas que un delirio. El Profeta lo ha dicho antes que nosotros, dirigiéndose á los que buscan lo que no pueden encontrar en este mundo: „El hombre no puede verme y vivir.“

Aun aquellos que investigan con fé, no pueden evitar el investigar con el espíritu, pues llevan el examen en la investigacion y el libro albedrio en el juicio y de esto nace la divergencia de los comentadores. Es esto figura ó realidad? sentido literal ó alegórico? parábola ó historia directa? El Profeta que descubre el velo de lo venidero á la prescencia de la incredulidad que lo espera. „Escuchad y no comprendais dice, Isaías.“ Pero cuando el tiempo se ha cumplido, los velos se han levantado, y los misterios revelados al hombre, entonces el apóstol dice del evangelio: „El que lee, comprende.“

A la primera ojeada la profecía directa parece que demanda fé, pues que no hay quien resista á la claridad de estas palabras: „Una Virgen concebirá.“ Los hebreos las admiten pero niegan su cumplimiento: „El Cristo era crucificado.“ La admiten tambien, mas esperan al que debe nacer de la Virgen, y que deben ellos sacrificar. Asi los judios no creen á los Profetas en lo que el cristianismo ha cumplido; los protestantes no quieren admitir mas que aquello que no ataca sus doctrinas; y solo los católicos toman el libro de Dios, como los hebreos hasta el advenimiento del Cristo, y como la universalidad de los fieles, desde el evangelio. Asi es que todos estan de acuerdo acerca de esas magníficas promesas, y de esas terribles amenazas de la voz de Dios frontante en boca de los Profetas sobre la ruina de Jerusalem, la cautividad de Judá, las setenta semanas de servidumbre, la caída de los caldeos, las vic-

torias de Ciro, las conquistas y desastres de los persas, de los griegos, de los romanos, la abominacion y la pérdida de los moabitás, de los tirios, de los filisteos y de los egipcios. Los hechos han venido á justificar las palabras y la duda ha desaparecido. Pero los judios no pueden admitir el cumplimiento de sus profecias en nuestra religion, sino abdicando la suya, y los protestantes no pueden entenderlas como nosotros, sino dejando de serlo. De manera que discutir con ellos sobre los Profetas, no solo es cosa de ciencia de erudicion, de examen y de controversia, es el fondo mismo de su religion lo que se debate, y ellos no podrian convenir en que cometian un error histórico sin confesar al mismo tiempo la falsedad de su creencia.

En nuestra pobre escolástica los comentadores han estado poco de acuerdo; muchos han abandonado el sentido literal por el místico, y otros han variado aun acerca de la alegoría que imaginaban. Pero aqui todo es de una santa legalidad; nadie puede ser sorprendido en estas interpretaciones cuya sutileza no ofende la piedad natural. S. Gerónimo no vacila al decir con toda la pureza de su corazón: „Lo que sé lo comunico con sencillez á mis hermanos, pero ellos son ciertamente libres para adoptar la interpretacion que quieran seguir.“ Efectivamente el testo hebreo algunas veces mal *transmitido*, y otras mal *comprendido*, y la version griega algunas veces *compendiada*, y otras *añel*, abren la lisa á diversas interpretaciones, para todos esos espíritus sublimes y sencillos al mismo tiempo, para todas esas almas á la vez austeras y francas que apagando su sed en el rio de los Profetas, se dejan arrastrar por la corriente.

Pero cómo osar en nuestros dias abandonar á la risa del incrédulo, ó al desden del indiferente, el espíritu de los videntes tal como aparecia en otro tiempo al espíritu de los creyentes? Hoy no puede hacerse mas que tratar científicamente de los Profetas, es decir, repetir lo que los demas han dicho de ellos, aglomerando los mismos hechos en un sistema diferente, porque esto es lo que se llama ciencia en nuestros dias; ella no nos enseña lo que ignoramos, únicamente nos enseña de diferente modo lo que sabemos; y hé aqui todo. Los paganos tenían templos especiales donde los Profetas y las Sibilas daban sus oráculos, y en ellos se nota la obra del espíritu sacerdotal. El sacerdocio hebreo fué siempre extraño y algunas veces enemigo del espíritu profético; pero el espíritu de Dios descansaba sobre un hombre y el hombre profetizaba. Se ha divi-

didado á los Profetas en mayores y menores: todos son iguales entre sí, pero lo que los distingue es, que aquellos han dejado mayor número de profecias. Isaías, Jeremias, Ezechiel y Daniel son los cuatro profetas mayores. Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Micheas, Nahum, Abacuc, Sophonias, Ageeo, Zacharias y Malachias son los menores. Pero los hombres á quienes el espíritu de Dios ha querido aparecer, forman de Adán á Moisés una serie sin interrupcion de verdaderos profetas. Hasta después de Moisés es cuando los profetas suscitados escribieron sus predicciones; y desde Samuel hasta Malachias la palabra de Dios sobre el pueblo y sobre el mundo se nos ha conservado. La escritura cita Profetas, profetas y asociaciones de videntes. San Epifanio cuenta una serie de setenta y tres de ellos desde Adán hasta María, y los judios cuentan cuarenta y ocho. Los comentadores de los Profetas son innumerables, y sus discordancias han escitado la cólera de los filósofos: fácil hubiera sido evitar esta controversia, pues Bossuet habia dicho antes que ellos: „El concilio de Trento no establece la tradición constante, ni la inviolable autoridad de los Santos Padres para la inteligencia de la Escritura, sino en lo que están unánimes y en las materias de fé. Las explicaciones literales ó históricas no son en su mayor parte ni de dogma ni de autoridad.“ El campo es libre, y vasto, segun se vé, para las congeturas; pero lo que siempre se ha creído en todas partes y por todos, está á los ojos del cristiano fuera de toda discusion. Esto es, lo que la comunión de los fieles, es decir la Iglesia, ha creído hasta hoy, y á esta creencia es á la que será preciso volver, porque en ella y solo en ella se encuentra la verdad. La anarquía de las opiniones aisladas, la licencia del derecho de examen, que niega el sentido de la Escritura á merced de las pasiones y al gusto de los sentimientos, la insurreccion del crimen que niega el poder que lo condena, la locura del hombre que busca á Dios fuera de Dios, ó que quiere hacerse un Dios á su placer y todas estas saturnales filosóficas, tendrán su fin; la verdadera naturaleza de la humanidad volverá á su camino, del cual la han arrojado el orgullo de la inteligencia y las emociones de la carne; pero llegará el día del profeta. „Dios creará un nuevo cielo y una tierra nueva. El sol no resplandecerá ya de día, la luna no lucirá por la noche y solo Dios será eternamente nuestra luz y nuestra gloria.“